

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

EDITOR, JOSÉ RODRIGUEZ Y R.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA

DIRIGIDO AL DUQUE DE BEJAR,
MARQUÉS DE GIBRALEON, CONDE DE BENALCAZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS.

IMPRESO POR PRIMERA VEZ EN MADRID POR JUAN DE LA CUESTA
EL AÑO DE 1605,

Y AHORA DE NUEVO PUBLICADO POR VEZ PRIMERA EN CÁDIZ
POR
D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ,
BAJO LA DIRECCION
DE D. RAMON LEON MAINEZ
DIRECTOR DE LA CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS.

TOMO II.

CÁDIZ: 1877.
TIP. LA MERCANTIL,
DE D. JOSÉ R. Y RODRIGUEZ,
Sacramento, 39.

TASA,

TESTIMONIO DE LAS ERRATAS Y CONCESION

QUE SE PONEN AL PRINCIPIO DE LA PRIMERA EDICION DE EL QUIJOTE HECHA EN MADRID (1605) POR EL IMPRESOR JUAN DE LA CUESTA

TASA.

Yo Juan Gallo de Andrada, Escribano de Cámara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fe, que, habiéndose visto por los Señores de él un libro intitulado: *El Ingenioso Hidalgo de la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervántes Saavedra, tasaron cada pliego del dicho libro á tres maravedís y medio, el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos y noventa maravedís y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que á este precio se pueda vender. Y mandaron que esta tasa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que de ello conste, dí la presente en Valladolid á veinte dias del mes de Diciembre de mil y seiscientos y cuatro años.—*Juan Gallo de Andrada.*

TESTIMONIO DE LAS ERRATAS.

Este libro no tiene cosa digna que no corresponda á su original: en testimonio de lo haber correcto, dí esta fe. En el colegio de la Madre de Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá, en primero de Diciembre de 1604 años.—*El Licenciado* FRANCISCO MURCIA DE LA LLANA.

CONCESION REAL.

EL REY. Por quanto por parte de vos, Miguel de Cervántes, nos fué fecha relacion, que habiades compuesto un libro, intitulado *El ingenioso Hidalgo de la Mancha,* el qual os habia costado mucho trabajo, y era muy útil y provechoso, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos, ó como la nuestra merced fuese. Lo qual visto por los del nuestro Consejo, por quanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la premática últimamente por Nos fecha sobre la impresion de los libros dispone, fué acordado que debiamos mandar dar esta nuestra Cédula para vos en la dicha razon, y Nos tuvímoslo por bien. Por la qual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos, ó la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir el dicho libro, intitulado: *El ingenioso Hidalgo de la Mancha,* que de suso (1) se hace mencion, en todos estos nuestros Reynos de Castilla por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el dicho dia de la data desta nuestra Cédula, so pena que la persona ó personas que sin tener vuestro poder lo imprimiere ó vendiere, ó hiciere imprimir, ó vender, por el mesmo caso pierda la impresion que hiciere, con los moldes y aparejos della, y mas incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hiciere. La qual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare. Con tanto, que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traygais al nuestro Consejo, juntamente con el original que en él fué visto, que va rubricado cada plana y firmado al fin dél, de Juan Gallo de Andrada nuestro Escribano de Cámara de los que en él residen, para saber si la dicha impresion está conforme al original, ó traygais fe en pública forma, de como por Corrector nombrado por nuestro mandado se vió y corrigió la dicha impresion por el original, y se imprimió conforme á él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas para cada un

(1) De que se hace mencion más arriba.

libro de los que así fueren impres [illegible] cio que por cada volúmen hubiére [illegible] al impresor que así imprimiere el [illegible] principio, ni el primer pliego dè [illegible] solo libro con el original al auto [illegible] imprimiere, ni otro alguno para [illegible] cion y tasa, hasta que ántes y pri [illegible] regido y tasado por los del nues [illegible] cho, y no de otra manera, pueda i [illegible] y primer pliego, y sucesivamente [illegible] y la aprobacion, tasa y erratas, s [illegible] en las penas contenidas en las leyes y premáticas d [illegible] nuestros Reynos. Y mandamos á los del nuestro Co [illegible] á otras qualesquier justicias de ellos, guarden y c [illegible] esta nuestra Cédula y lo en ella contenido. Fecha en V [illegible]-dolid á veinte y seis dias del mes de Setiembre de mil y [illegible]-cientos y quatro años.—YO EL REY.—Por mandado del Rey nuestro Señor, *Juan de Amezqueta.* (1)

---

(1) Hemos copiado estos documentos por mera curiosidad, y para reproducir en todo fielmente la edicion príncipe de *El Quijote;* pues ciertamente no son dignos de ser reproducidos trabajos tan pesados é impertinentes como los anteriores, que bien á las claras manifiestan la petulancia y pobreza de luces de quienes los inspiraron ó escribieron, por más que en este linaje de escritos fuese eso lo usual y corriente en aquellos tiempos.

ADVERTENCIA.

Para esta edicion de *El Quijote* nos valemos del texto más genuino y auténtico, de la edicion príncipe, que vió la luz en los primeros meses de 1605 en Madrid, hecha por el impresor Juan de la Cuesta. Las otras dos ediciones, que en el mismo año de 1605 y en 1608, hizo el citado impresor, tienen muchos más defectos que la primera; faltando á ésta sólo algunos párrafos, que es lo único que debe de aceptarse en las sucesivas. La Real Academia ha admitido en sus ediciones la mayor parte de esos defectos ó variantes introducidos caprichosamente por aquel impresor madrileño ó por sus cajistas, y además las modificaciones hechas por otros correctores de *El Quijote:* esas modificaciones y esas arbitrarias variantes, á la Academia deben ser atribuidas, y á ella sola las atribuimos, porque ella sola es la responsable ante la crítica inparcial; pues sin haber sido aceptadas por el referido Cuerpo literario tan caprichosas variantes é inútiles alteraciones, no hubieran obtenido de seguro la sancion y autoridad que hoy quiere dárselas.

Restablecer, pues, la pureza primitiva del texto, cuidar esmeradamente de conservarlo, rechazar las más de las variantes aceptadas por la Academia, y por ella sancionadas y legalizadas, como las muchas innecesarias que han propuesto algunos críticos modernos, y hacer solamente aquellas modificaciones que sean indispensables: tales son nuestros propósitos y deseos. Creemos proceder así más acertadamente que, quienes llevados de una bondadosa intencion sin duda, pero con demasiada sutileza, adulteran el texto más genuino de la mejor obra de nuestra literatura con variantes tan numerosas como poco precisas.

Muchas palabras del texto primitivo se verán en esta edicion escritas como hoy se pronuncian y leen. Por ejemplo, decimos: trajo, por trujo; hubiéreis, por hubiéredes; escribir, por escrebir; prisa, por priesa; oirle, por oille; leerle, por leelle; mismos, por mesmos; recibir, por recebir; de ellas, por dellas; y otras muchas palabras anticuadas que por evitar prolijidad no citamos. Licencia es esta que, sin perjudicar en nada al texto, le hace más comprensible y llano para la generalidad de los lectores.

DEDICATORIA [illegible]

AL DUQUE DE BÉJAR, MARQUÉS DE GIBR[illegible]
CONDE DE BENALCAZAR Y BAÑARES, VIZCONDE D[illegible]
ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIE[illegible]

En fe del buen acogimiento y honra que hace [illegible] *cia á toda suerte de libros, como Príncipe tan inc*[illegible] *las buenas artes, mayormente las que por su noble*[illegible] *servicio y granjerías del vulgo, he determinado* [illegible] *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, a*[illegible] *simo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con* [illegible] *debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradal*[illegible] *teccion, para que, á su sombra, aunque desnudo* [illegible] *ornamento de elegancia y erudicion, de que suel*[illegible] *las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que, conteniéndose* (2) *en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y ménos justicia los trabajos ajenos: que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.*

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

---

(1) ¡Qué modelo más acabado de dedicatorias esta bella epístola de Cervántes! ¡Qué nobleza de sentimientos demuestra! ¡Qué raudal de gratitud no abrigaba aquel corazon! ¡Qué delicadeza en el elogio y qué hermosura en la frase! Para ser todo admirable en *El Quijote*, hay que empezar admirándole desde la primera línea del libro. ¡Esta gloria está sólo reservada á los talentos privilegiados!

(2) La primera edicion suprime la negacion que en casi todas las ediciones hay delante del gerundio conteniéndose. Nosotros creemos muy conveniente el suprimirla tambien; pues así queda más claro y más lógico el período, por más que el Sr. Hartzenbusch diga que es necesario ese adverbio de negacion.

Cervántes quiso decir que, sólo aquellos que por su limitada comprension no podian salir de los límites de su ignorancia, se conservaban en ellos, y daban sus fallos desde el trípode de su presuncion, eran los que con manifiesta injusticia censuraban y condenaban los ajenos trabajos.

PROLOGO.

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al órden de naturaleza, (1) que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿qué podrá (2) engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno; bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las Musas más estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas; ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de D. Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones, ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres: pues ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre albedrío, como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al Rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obliga-

(1) Las ediciones de la Academia, y casi todas, escriben: «el órden de naturaleza.» Nosotros ponemos «al órden de naturaleza,» porque así dice en la edicion príncipe de *El Quijote*, y porque es forma sintáxica más admitida.

(2) Así dice la edicion príncipe, y creemos que está muy bien. No habia necesidad de haber alterado el texto en las sucesivas, y ménos de que hubiese legitimado la alteracion la Real Academia.

cion, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres de ella.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epígramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiria; y estando aún suspenso, (1) con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de Don Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerlo, ni ménos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso, el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años á cuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invencion, menguada de estilo, pobre de conceptos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué cuando citan la Divina Escritura! No dirán sino que son unos Santos Tomases y otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oirle ó leerle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el

(1) Todas las ediciones que hemos repasado dicen: «una suspenso;» pero es manifiesta errata de caja, y que debiera haberse corregido. Desde luego se comprende que Cervántes lo que escribió fué que, estando todavía en la suspension que le causaba el comenzar á escribir la Historia del Ingenioso Manchego, llegó un amigo que le dió ánimo y le sacó de sus cuitas y vacilaciones. De este modo el período queda claro: del otro, no tenia explicacion tan plausible.

márgen, ni que anotar en el fin, ni ménos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoylo, ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo ménos de sonetos cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, ó Poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha hasta que el Cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores, que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento, amigo, (1) en que me hallásteis: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido. Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente, y disparando en una larga risa (2) me dijo: por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que há que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo, que estais tan léjos de serlo, como lo está el Cielo de la tierra.

¿Como que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerza de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan, para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de

(1) Esta palabra está suprimida en casi todas las ediciones. No sabemos por qué, cuando Cervántes la puso en la primera edicion, y cuando como todo lo suyo es un giro muy elegante de lenguaje.

(2) «Y disparando en una carga de risa» dice la primera edicion de 1605.

qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusion? A lo cual él dijo: lo primero en que reparais de los sonetos, epígramas, ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar, con que vos mismo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéreis, ahijándolos al Preste Juan de las Indias, ó al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas: y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren de esta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que la escribísteis.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores, de donde sacáreis las sentencias y dichos que pusiéreis en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo ménos que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratáreis del poder de la muerte, acudid luego con:

Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo ménos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si tratáreis de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris. (1)

---

(1) Clemencin y otros comentaristas han tratado de hacer notar las inexactitudes en que incurrió Cervántes al hacer las anteriores citas latinas, y otras muchas que se mientan en el cuerpo de la obra. Pero la verdad es que hoy la crítica acomoda-

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por Gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer de esta manera. Si nombrais algun gigante en vuestro libro, haced que sea el gigante Golías, y con solo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner: *El gigante Golías, ó Goliat, fué un filisteo, á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláreis que se escribe.*

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereisos luego con otra famosa anotacion, poniendo: *El rio Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, etc.* Si tratáreis de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mujeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo que os prestará á Lamia, Layda y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Vir-

ticia y estrecha de esos rígidos Aristarcos no tiene aprecio alguno entre los cervantistas más acreditados. Cervántes no hacia citas falsas por ignorancia ó por descuido, sino porque precisamente tenia que efectuarlo así para ridiculizar lo que se habia propuesto: la comezon de hacer citas latinas ó griegas, falsas ó verdaderas, sobre cualquier tema y cualquier asunto, áun por los ingenios más privilegiados.

El Dr. Thebussem, primer admirador de Cervántes en nuestro siglo, lo ha dicho así terminantemente en la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS.

Hé aquí sus palabras:

«No es desgracia, ni negligencia, ni falta de puntualidad como cándidamente opinan algunos comentaristas el equivocar y truncar las citas; es intencionada burla y rechifla de Cervántes á la indigesta erudicion de los libros de su época, en los cuales las sentencias ó latines que el autor sabia de memoria, ó le costaba poco trabajo buscar, se citaban de manera que viniesen á pelo.»

Ténganlo así presente los que creen hacer un gran cargo á Cervántes por haber hecho intencionadamente citas falsas en latin. Los que tal han dicho, no han comprendido ni comprenden el espíritu de las obras de Cervántes, donde éste ataca todos los defectos y todas las vanidades y extravagancias de su época con aquel fino y delicado gusto y perfeccion con que al Cielo plugo dotarle.

gilio á Circe. Si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandros. Si tratáreis de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, topareis con Leon Hebreo que os hincha las medidas. Y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion, no hay más sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto á tal de llenaros las márgenes, y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores, que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa, que buscar un libro que los acote todos desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondreis vos en vuestro libro; que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniais de aprovecharos de ellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores, á dar de improviso autoridad al libro. Y más, que no habrá quien se ponga á averiguar, si los seguísteis, ó no los seguísteis, no yéndole nada en ello. Cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron: ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología: ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica: ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andeis mendigando sentencias de filósofos,

consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de Santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oracion y período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzáreis, y fuere posible, vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y oscurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más: que si esto alcanzáseis, no habriais alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo: en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del Campo de Montiel, que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan noble (1) y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, á mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. VALE. (2)

---

(1) Noble dice la primera edicion, y noble debe decir, por más que en las ediciones de la Academia se escriba *notable*, siguiendo y sancionando, como en otros muchos casos, las arbitrarias variantes de Juan de la Cuesta ó sus cajistas. Contadísimas veces acertó la Academia en aceptar las alteraciones hechas por aquel ú otros impresores en el texto primitivo de *El Quijote*, como más adelante se verá en este y en los demás tomos.

(2) Este bellísimo prólogo basta para comprender toda la fecundidad de la inventiva privilegiada de Cervántes. En ningun libro de aquella época se encuentra un trozo tan admirable de hermosos pensamientos, galana frase, ingeniosidad, encanto y dulzura.

AL LIBRO

DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-
libro, fueres con letu-
no te dirá el boquirru-
que no pones bien los de-

Mas si el pan no se te cue-
por ir á manos de idio-
verás de manos á bo-
aún no dar una en el cla-
si bien se comen las ma-
por mostrar que son curio-

Y pues la experiencia ense-
que el que á buen árbol se arri-
buena sombra le cobi-
en Béjar tu buena estre-

Un árbol real te ofre-
que da Príncipes por fru-
en el cual florece un Du-
que es nuevo Alejandro Ma-
llega á su sombra, que á osa-
favorece la fortu-

De un noble hidalgo Manche-
contarás las aventu-
á quien ociosas letu-
trastornaron la cabe-

Damas, armas, caballe-
le provocaron de mo-
que cual Orlando furio-
templado á lo enamora-
alcanzó á fuerza de bra-
á Dulcinea del Tobo-

No indiscretos hierogli-
estampes en el escu-
que, cuando es todo figu-
con ruines puntos se embi-

Si en la direccion te humi-
no dirá mofante algu-
que Don Alvaro de Lu-
que Annibal el de Carta-
que el Rey Francisco en Espa-
se queja de la fortu-

Pues al Cielo no le plu-
que salieses tan ladi-
como el negro Juan Lati-
hablar latines rehu-

No me despuntes de agu-
ni me alegues con filo-
porque torciendo la bo-
dirá el que entiende la le-
no un palmo de las ore-
¿para qué conmigo flo-

No te metas en dibu-
ni en saber vidas aje-
que en lo que no va ni vie-
pasar de largo es cordu-

Que suelen en caperu-
darles á los que grace-
mas tu quémate las ce-
sólo en cobrar buena fa-
que el que imprime neceda-
dalas á censo perpe-

Advierte que es desati-
siendo de vidrio el teja-
tomar piedras en la ma-
para tirar al veci-

Deja que el hombre de jui-
en las obras que compo-
se vaya con piés de plo-
que el que saca á luz pape-
para entretener donce-
escribe á tontas y á lo-

AMADIS DE GAULA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida,
Que tuve ausente y desdeñado sobre
El gran ribazo de la peña pobre,
De alegre á penitencia reducida:
Tú, á quien los ojos dieron la bebida
De abundante licor, aunque salobre,
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida:
Vive seguro de que eternamente,
En tanto al ménos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

DON BELIANIS DE GRECIA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice,
Más que en el orbe caballero andante;
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante;
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas dí á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve á mis piés postrada la fortuna,
Y trajo del copete mi cordura
Á la calva ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO.

SONETO.

¡Oh quien tuviera, hermosa Dulcinea,
Por más comodidad y más reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Lóndres con tu aldea!

XVII

¡Oh quién de tus deseos y librea,
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡Oh quién tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tú hiciste
Del comedido hidalgo Don Quijote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN, ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA, A SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE.

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada, ó la hoz poco repuna
Al andante ejercicio, ya está en uso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, oh Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español Ovidio,
Con buzcorona te hace reverencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO A SANCHO PANZA Y ROCINANTE.

A SANCHO PANZA.

Soy Sancho Panza escude-
del Manchego Don Quijo-
puse piés en polvoro-
por vivir á lo discre-
Que el tácito Villadie-
toda su razon de esta-
cifró en una retira-
segun siente Celesti-
libro en mi opinion divi-
si encubriera más lo huma-

A ROCINANTE.

Soy Rocinante el famo-
biznieto del gran Babie-
por pecados de flaque-
fuí á poder de un Don Quijo-
Parejas corrí á lo flo-
mas por uña de caba-
no se me escapó ceba-
que esto saqué á Lazari-
cuando para hurtar el vi-
al ciego le di la pa-

2

ORLANDO FURIOSO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
Que Par pudieras ser entre mil Pares,
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamás vencido.
Orlando soy, Quijote, que perdido
Por Angélica vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberbio Moro,
Y Scita fiero domas, que hoy nos llama
Iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO.

A vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el dia.
Imperios desprecié, y la Monarquía,
Que me ofreció el Oriente rojo en vano,
Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.
Améla por milagro único y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio Infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sabia.

DE SOLISDAN A DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Magüer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca sereis de alguno reprochado
Por hombre de obras viles y soeces.

Serán vuesas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea,
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desman vueso conorte sea,
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella y vos no amante.

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE.

SONETO.

B. ¿Cómo estais, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. ¿Pues qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Anda, señor, que estais muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno se es de la cuna á la mortaja.
¿Quereislo ver? miradlo enamorado.
B. ¿Es necedad amar? R. No es gran prudencia.
B. Metafísico estais. R. Es que no como.
B. Quejaos del escudero. R. No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero, ó mayordomo,
Son tan rocines como Rocinante?

PRIMERA PARTE (1)

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

CAPÍTULO I.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicon las más noches, duelos y quebrantos los Sábados, lentejas

(1) Al empezar á comentar y anotar la primera obra de nuestra literatura, debemos advertir que nos separamos por completo de todos los que anteriormente se han ocupado en lo mismo. Nuestro comentario no será un cúmulo de citas históricas, gramaticales y filosóficas, como sucede con el comentario de Clemencin, por ejemplo: escrito nuestro trabajo para los muy doctos y los medianamente ilustrados, para el pueblo y para todas las clases sociales, debe de ser sencillo por necesidad, y no nos separaremos de la línea de conducta que nos exigen nuestras promesas.

Nosotros queremos que nuestro comentario sea breve, sencillo, agradable, curioso; que se lea, en una palabra. Será más apreciable por su concision que por su longitud y erudicion extemporánea.

Si acertamos á salir bien con nuestra empresa, nos alegraremos mucho: si nó logramos nuestros propósitos, cuidaremos tener en cuenta para lo sucesivo las advertencias ó reparos que se sirva hacernos la crítica sensata, desapasionada, ilustrada y leal.

Las notas y comentarios los pondremos al final de cada capítulo. Las observaciones y variantes las haremos al pié de cada página.

los Viérnes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion de él no se salga un punto de la verdad. Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y áun la administracion de su hacienda: y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de caballerías en que leer; y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber de ellos: y de todos ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas (1) razones suyas le parecian de perlas: y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y tambien cuando leia: *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas (2) razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas, y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que Don Belianis daba y recibia, porque se imaginaba, que por gran-

(1) *Entricadas*, palabra anticuada, que vale tanto como *enmarañadas*, *enredadas*, etc.

(2) La Academia dice: «con estas y semejantes razones.» No sabemos por qué haria tal alteracion. La edicion primera tiene el texto como nosotros le dejamos.

des maestros que le hubiesen curado, no dejaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y darle fin al pié de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y áun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra ó Amadis de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo; que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolucion él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y así del poco dormir, y del mucho leer, se le secó el celebro, de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, así de encantamentos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia más cierta en el mundo. Decia él que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero, pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan, el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó á Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynaldos de Montalvan, y más cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia, y áun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le

pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su República hacerse caballero andante, é irse por todo el mundo con sus armas y caballo, á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo ménos del imperio de Trapisonda; y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas, que habian sido de sus bisabuelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion, hacia una apariencia de celada entera. Es verdad, que para probar si era fuerte y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada, y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse de este peligro, la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonnela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció, que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria; porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon, que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién habia sido, ántes que fuese de caballero andante, y lo que era entónces; pues estaba muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le (1) cobrase famoso y de es-

(1) En la primera edicion está suprimida la locucion *le;* pero fué evidente falta de los correctores. La variante de la Academia está muy en su lugar en esta ocasion.

truendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre, á su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin, ántes de lo que ahora era, que era ántes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar DON QUIJOTE; de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores de esta tan verdadera historia, que sin duda se debia llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose, que el valeroso Amadis no sólo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa (1), y se llamó Amadis de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre de ella. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender, que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre, y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó, que me presentase ante la Vuestra Merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡Oh, como se holgó nuestro buen caballero, cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora de buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado,

(1) «Por Hepila famosa» dice la edicion príncipe. Aceptamos la variante de la Academia, porque es muy acertada y lógica.

aunque segun se entiende, ella jamás lo supo, ni se dió cata de ello (1). Llamábase Aldonza Lorenzo, y á ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de Princesa y gran Señora, vino á llamarla DULCINEA DEL TOBOSO, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino y significativo como todos los demás, que á él y á sus cosas habia puesto.

COMENTARIO.

Es admirable este primer capítulo. La semblanza de Don Quijote está hecha de mano maestra. Los que han viajado por Castilla la Vieja y por la Mancha pueden dar razon de lo que decimos. Aún hoy, aún dos siglos y medio despues de haber descrito Cervántes en su obra las costumbres manchegas, se notan los rasgos de su pluma en aquellas regiones.

Don Quijote es el verídico retrato de quien allí goza de una mediana fortuna y reputacion de ilustrado. Y lo es principalmente de quien, como el protagonista de la obra de Cervántes, era el hombre pacífico, bondadoso, instruido, que alejado en la soledad de una poblacion pequeña, solo se recrea y es feliz con os goces inapreciables é íntimos de la familia.

Cervántes nos presenta á Don Quijote como hombre sencillo, frugal, metódico: sus antepasados han sido guerreros; pero él, separado de las lides y de los actos públicos, pasa su vida grata y felizmente. Por la mañana su desayuno: al mediodia su buena olla: por la noche su salpicon, esto es, su fiambre de carne picada, compuesto y aderezado con pimienta, sal, vinagre y cebolla: los Viérnes sus lentejas: los Domingos, como dia de gala, un palomino de añadidura, es decir, un pichoncito, un pollito sobre la ordinaria comida. El vestir de Don Quijote correspondia á cualquier hidalgo de aquella edad. Los dias de la semana un vestido entrefino; los Domingos y los dias festivos gastaba vestidos

(1) «Ni le dió cata dello» dice la primera edicion. *Dar cata.* vale tanto como mirar, advertir.

de paño más bueno, y sus zapatos (pantuflos) eran tambien mejores.

Aparentemente el designio de Cervántes es el de poner en ridículo á los que en aquel siglo se entregaban á la lectura de los libros de caballerías. Sin negar nosotros que esto se propusiera Cervántes en su obra, no fué ésta, en nuestro sentir, su principal tendencia. Sin embargo, el insigne autor ridiculiza aparentemente á Don Quijote por estar entregado por completo á la lectura de los libros de aventuras caballerescas.

Sobre el personaje que Cervántes pone en escena al comienzo de su obra se han suscitado algunas dudas y controversias. Por más que sobre esto hablamos extensamente en nuestra *Vida de Cervántes*, juzgamos oportuno, añadir que ni los críticos que han sostenido que Cervántes se propuso ridiculizar á Cárlos V, ni los que han propalado que su obra magistral respira odio contra el Duque de Lerma, ni quienes han tenido por bien de decir que Don Quijote personifica á un hidalgo de Argamasilla ó un hidalgo de Esquivias, andan en lo cierto. Indudablemente que Cervántes ridiculizó siempre los defectos sociales; pero de esto á sospechar que Cervántes trató de zaherir el amor propio de alguno en su *Quijote*, valiéndose de indignos medios, hay un abismo. Cervántes censuró todos los vicios, las preocupaciones y los defectos de su época. Esto es lo que hay que considerar de magistral, grande, noble y relevante en su obra.

Gózase el alma siempre al empezar á leer la produccion de Cervántes. Gócense tambien nuestros favorecedores al dar comienzo á su lectura; que razon sobrada tendrán de ello al ver tan perfectamente delineada la figura de un caballero noble, generoso, magnánimo, caritativo, esforzado y de toda clase de bellísimos pensamientos revestido, siempre pronto para favorecer la desdicha y siempre fácil para galardonar y encarecer la virtud.

NOTA.

Además de la comprobacion de las citas de libros caballerescos que Cervántes hace en este capítulo, cuyos títulos y datos bibliográficos pondremos al final del tomo (haciendo sucesiva-

mente lo mismo con las otras obras que se mencionan), y además de algunas palabras que juzgamos ocioso el explicar, puesto que cada cual puede efectuarlo fácilmente en un Diccionario, creemos que el único pasaje que en este capítulo merece nota es aquel que se refiere al caballo de Gonnella.

Podemos ofrecer datos más curiosos y exactos que todos los críticos anteriores, merced á la erudicion de D. Francisco J. de Leon Bendicho, quien en un docto escrito, publicado hace meses, ha demostrado que ántes que Pellicer y Bastús ya habia tratado la cuestion más concienzudamente el Sr. D. Francisco J. de Santiago Palomares, célebre restaurador de la caligrafía española en el siglo XVIII.

Hé aquí lo que dice este señor sobre el particular:

—En un libro en 8.º, impreso en Venecia, año 1599, en casa de Domenico Tarri, intitulado *Scelta di facetie, moti, burle et buffonerie*, se hallan las bufonadas de Gonnella, truhan que fué del Duque Borso de Ferrara, caballero muy chistoso... Nuestro insigne Cervántes compara el caballo de Don Quijote, llamado Rocinante, al caballo de Gonnella, y ponderando su flaqueza dice que *tantum pellis et ossa fuit.* Esta expresion me estimuló á leer todas las bufonadas de aquel truhan para ver si hallaba alguna tocante á su caballo. Con efecto, en la página 52 hallé lo siguiente, que he traducido: «Viendo el Duque Borso que el caballo de Gonnella era viejo, flaco y mal aparatado, le dijo: ¿Qué quieres hacer de cosa tan fea? Respondió el bufon: Si V. E. tuviera anteojos, no diria cosa semejante, porque mi caballo es tan bueno como el mejor que V. E. tiene en su caballeriza; y apostaré cien ducados contra un costal de trigo á que el mio salta mucho más alto que ninguno de los mejores de V. E. Respondió el Duque que aceptaba la apuesta. Llevó luego Gonnella su caballo á palacio y le hizo subir hasta la sala mayor. El Duque igualmente mandó traer uno de sus mejores caballos, creyendo que se habia de hacer la prueba en la misma sala. Luego que llegó el caballo, Gonnella arrimó el suyo á un balcon, y dándole una punzada le hizo saltar á la plaza, hasta la cual habia una altura de muchas brazas, y al caer hizo tanto ruido que pareció que el palacio se venia abajo. Vista por el Duque esta locura, dijo que ántes queria dar el costal de trigo que hacer saltar su caballo de aquel modo...» Hé aquí al caballo de Gonnella, que mereció ser comparado á Rocinante.—

CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana, ántes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apénas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fué, que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á ley de caballería, ni podia, ni debia tomar armas con ningun caballero; y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestro flamante aven-

turero, iba hablando consigo mismo, y diciendo: ¿quién duda, sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera? Apénas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apénas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba); y añadió diciendo: dichosa edad, y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser cronista de esta peregrina historia! ruégote, que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡oh Princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazon! mucho agravio me habeis fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membráros de este vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje. Con esto caminaba tan despacio, y el sol entraba tan aprisa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego, con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fué la del puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer, su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes, por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de

pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha hambre (1) y necesidad, vió no léjos del camino por donde iba una venta que fué como si viera una estrella que no (2) á los portales, sino á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse prisa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, de éstas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada; y como á nuestro aventurero, todo cuanto pensaba, veia ó imaginaba, le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes con que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando á la venta (que á él le parecia castillo) y á poco trecho de ella detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas, á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba prisa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraidas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas, ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso, que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon así se llaman) tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era, que algun enano hacia señal de su venida; y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: non fuyan las Vuestras Mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca (3) á la órden de caballeria que profeso, no toca ni atañe facerle á ninguno,

(1) Las ediciones de la Academia, y todas, suprimen esta palabra. Mal hecho; porque está en la edicion príncipe.

(2) La Academia en todas sus ediciones dice: «que á los portales, sino á los alcázares de su redencion le encaminaba.» La variacion no puede ser más arbitraria. Nosotros ponemos la partícula negativa con arreglo al primitivo texto de 1605.

(3) Porque.

cuanto más á tan altas doncellas, como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quijote vino á correrse, y á decirles: bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo, porque os acuitedes, ni mostredes mal talante, que el mio non es de al (1) que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: si Vuestra Merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc. Pensó el huesped que el haberle llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no ménos ladron que Caco, ni ménos maleante que estudiante ó paje (2). Y así le respondió: segun eso, las camas de Vuestra Merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar; y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche. Y diciendo esto, fué á tener el estribo á Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dijo luego al huesped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decia, ni aún la mitad: y acomodándole en la

(1) Que el mio no es otro, etc., etc.

(2) «Que estudiantado paje» dice la primera edicion. Seguimos, sin embargo, la variante de la Academia.

caballeriza, volvió á ver lo que su huesped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo), les dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino.
Doncellas curaban dél;
Princesas de su Rocino.

Ó Rocinante, que éste es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mio; que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro, me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepais mi nombre ántes de toda sazon; pero tiempo vendrá en que las Vuestras Señorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra: sólo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. Á dicha acertó á ser Viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacalao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que una pieza de á ocho. Cuanto más que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas

no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trájole el huesped una porcion del mal remojado y peor cocido bacalao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada, y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponia, y así una de aquellas señoras servia de este menester; mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibia en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote que estaba en algun famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la órden de caballería.

NOTAS.

Sobre el campo de Montiel, teatro de las hazañas de Don Quijote, en su primer salida, y que en este segundo capítulo se menciona, no escribimos nota alguna, pues al comienzo de la obra ponemos el Mapa de dicho campo tal como estaba en los tiempos mismos en que vivia Cervántes; y ya en aquel lugar se hacen todas las observaciones aclaratorias que son del caso, debidas á la selecta erudicion y saber de uno de los patriarcas de la literatura contemporánea, el Excmo. Sr. D. Fermin Caballero.

*

En el capítulo que anotamos se mientan á *dos mujeres mozas, de estas que llaman del partido*, que iban á Sevilla con unos ar-

rieros, que en la venta donde se hospedó Don Quijote acertaron á hacer jornada.

Hace algun tiempo que un ilustrado crítico inglés estampó una sabrosa epístola en la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS (tomo 1.°, pág. 86), lamentándose de que algunas frases de la obra inmortal no las hubiesen descifrado lo suficientemente los escritores y comentadores españoles para mejor inteligencia del texto, en especial para los extranjeros. Entre las frases á que aludia mister Alejandro J. Duffield (que éste es el nombre del cervantista británico) se incluia la que sirve de objeto á esta nota.

Vamos á satisfacer en lo que nos sea posible al Sr. Duffield, y si acertamos á llevar á su ánimo el convencimiento y conseguimos que adopte nuestro juicio en la nueva edicion que proyecta de *El Quijote* al idioma inglés, nos daremos por muy contentos.

Hemos oido decir á personas entendidas que *mujeres mozas del partido* serian aquellas mujeres que en los tiempos de Cervántes eran arrojadas de sus ciudades natales por su licenciosas costumbres, y generalmente iban á morar en las cabezas de partido, donde, como en centros de mayor concurrencia, no eran tan conocidas ni notadas.

Fuera de que no hemos leido ningun autor que tal consigne, efecto indudablemente de nuestra escasa erudicion, nos parece bastante aventurado el aserto.

Las mujeres licenciosas é inmorales que eran arrojadas de los pueblos pequeños (y cuenta que esto sucedia contadas y raras veces) no siempre iban á emigrar á las cabezas de partido: alejábanse, impelidas por la fuerza, de su hogar, de su familia, de su pueblo; pero su vida era errante é incierta. No cuadra, pues, como se ve, tal explicacion á la frase de Cervántes.

Mujeres mozas de estas que llaman del partido es una locucion muy fácil de explicarse en la Mancha. Allí á las mujeres livianas acostumbran llamar *de partido* ó *del partido* por la facilidad con que se convienen, con que tratan, con que venden, con que toman determinacion y *partido* sobre lo que debe estimar más en el mundo la mujer: su honor y su virtud.

La explicacion de la Academia es muy lacónica, pero muy acertada. Mujeres del partido—dice—son rameras. No ha hecho más la Academia que definir la locucion segun la autoridad del más insigne de nuestros escritores. Léase el final del capítulo

que anotamos, y se verá que el mismo Cervántes observa que Don Quijote tomó equivocadamente por damas á las rameras, lo que demuestra de un modo terminantísimo que *mujeres mozas del partido* vale tanto como *rameras*, *mujeres de mal vivir*, *prostitutas*.

En muchas comarcas de España se oye apellidar á las mujeres públicas, *mujeres de trato*, especialmente en entrambas Andalucías, lo cual da clara explicacion del rodeo empleado por Cervántes.

Llama tambien la atencion al cervantista inglés las frases aplicadas á las mismas señoras de *traidas y llevadas*. Son frases tan llanas esas entre los que leen *El Quijote* en su texto primitivo, que no recordamos que ningun crítico se haya detenido en explicarlas. Sin embargo, diremos que *traidas y llevadas* son aplicables perfectamente á las mujeres de vida airada por la facilidad con que son traidas y llevadas de una parte á otra por aquel que más ventajas, fortuna, dinero ó fausto les ofrecen.

Creemos que el Sr. Duffield en su nueva traduccion de *El Quijote* debe tenerlo así presente para verter fielmente á su idioma la frase de Cervántes. Lo mismo deben hacer todos los demás traductores futuros.

*

En la pág. 12 de este tomo se habla de los *sanos de Castilla*. Como que esto pudiera ocasionar dudas entre muchos de nuestros lectores, vamos á explicar esta frase, que ha extraviado, por decirlo así, alguno de los anotadores á *El Quijote*.

En la edicion hecha en Nueva York, dirigida por el Sr. Ochoa, se pone la siguiente nota :

«La expresion *sano de Castilla*, en el idioma de Germania, segun el Vocabulario de Juan Hidalgo, vale tanto como *ladron disimulado.*»

La explicacion de la frase no puede ser más arbitraria.

Sano de Castilla podrá significar eso y mucho más ; pero en el caso presente no tiene la frase la elasticidad que quiere el comentarista. *Sano de Castilla* significa en esta ocasion lo que debe significar, y no lo que la crítica desee.

El mismo texto, sin necesidad de aclaraciones, lo persuade terminantísimamente. Don Quijote llama castellano al ventero, porque le cree noble en su proceder y digno en sus acciones, y así

se lo figura tambien el ventero, quien se rie de las frases del confiado caballero, puesto que era un vagabundo y aventurero de esos que se crian en la playa de Sanlúcar.

Don Quijote aplicó, pues, la frase en el sentido recto: creyó que el ventero era un buen hombre, probo, honrado, dignísimo, de los mejores, de los más sanos de Castilla, en una palabra.

No caiga nadie en la tentacion de creer acertada la interpretacion del Sr. Ochoa, porque nunca se ha visto cosa tan aventurada y tan ilógica.

*

El Sr. Ochoa en sus notas á la edicion de Nueva York dice que *amen* no significa en este capítulo lo que generalmente se cree; esto es, *además de*, etc., etc.

Pero el Sr. Ochoa se hubiera excusado de escribir tal nota, pues lo que dice de que significa *á excepcion de*, *excepto de*, etc., etc., es precisamente lo que quiso decir Cervántes. Don Quijote habla al ventero en castellano antiguo, y éste le responde en el mismo modo de hablar; y como que *amen* antiguamente, por más que familiarmente hoy signifique otra cosa, valia tanto como *á excepcion de*, no creemos necesario explicar tal frase, ni sentar que el ventero dijo lo contrario de lo que pensaba, pues la palabra *amen* tiene en el texto primitivo la acepcion antigua, y no la que luego vulgarmente se le ha dado.

CAPÍTULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero.

Y así fatigado de este pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta (1) que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero que vió á su huesped á sus piés y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo ménos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quijote: y así os digo, que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habeis de armar caballero, y está noche en la capilla de este vuestro castillo velaré las armas, y mañana como tengo dicho se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes hazañas es inclinado. El ventero que como está dicho, era un poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huesped, acabó de creerlo cuando acabó de oirle (2) semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en

(1) Hasta. Muchas veces se [illegible] de esta palabra en la edicion.

(2) *Oirle*, dice la primera edicion. La Academia y la mayor parte de las ediciones han puesto *oir*. Mal hecho; porqué no era preciso alterar el texto.

lo que deseaba y pedia, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia, y como su gallarda presencia mostraba, y que él asimismo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de Málaga, islas de Riaran (1), compás de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde habia ejercitado la ligereza de sus piés y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á muchos pupilos, y finalmente, dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda, y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, sólo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díjole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad, él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo. Preguntóle si traia dineros: respondió Don Quijote que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido. Á esto dijo el ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores de ellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trajeron; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas (2) las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas, y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se

(1) Isla de Reayan, dice la edicion príncipe.
(2) Llena repletas.

combatian y salian heridos habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota de ella, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno (1) hubiesen tenido; mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse: y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo (pues aún se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que veria cuán bien se hallaba con ellas cuando ménos se pensase. Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad: y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogiéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura, y fuéronselo á mirar desde léjos, y vieron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre

(1) Las ediciones de la Academia y otras que las han copiado, ponen una negacion ante el verbo hubiese. Mal hecho; porque no era preciso alterar el texto.

la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo: oh, tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero de estas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), ántes trabando (1) de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: acorredme (2), señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primer trance vuestro favor y amparo; y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aún estaba aturdido el arriero) llegó otro con la misma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote, embrazó su adarga, y puesto mano á su espada, dijo: oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pié atrás. Los compañeros de los heridos que tales los vieron, comenzaron desde léjos á llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho que era loco, y que por loco se libraria, aunque los matase á todos. Tambien Don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal

(1) Cogiendo, agarrando las correas.
(2) Socorredme, amparadme.

nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la órden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, y (1) ofendedme en cuanto pudiéreis, que vosotros vereis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian; y así por esto, como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huesped, y determinó abreviar y darle la negra órden de caballería luego, ántes que otra desgracia sucediese; y así, llegándose á él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole, cómo ya le habia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer: y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto más que él habia estado más de cuatro. Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria. Advertido y medroso de esto el castellano, trajo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él con su misma espada un gentil (2) espaldarazo, siem-

(1) La conjuncion *y* la trae la edicion príncipe. No sabemos por qué la suprimió la Academia.

(2) Gentil es un adjetivo muy empleado por todos los buenos escritores de nuestro siglo de oro, y especialmente por Cervántes. Tiene diversas acepciones, pero las más generales son las de no-

pre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides. Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon, natural de Toledo, que vivia á (1) las tendillas de Sanchobienaya, y que donde quiera que ella estuviese le serviria y le tendria por señor. Don Quijote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera, á la cual tambien rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huesped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.

---

table, apuesto, decidido, chistoso. Así que el mismo Cervántes para llamar, á una persona que se menciona en otro capítulo, buen latino y áun excelente latino, hace uso de la frase «gentil latino.» Por eso otras veces se lee en la obra: «con gentil talante;» es decir, con gallardía, con arrogancia. La discrecion del lector aplicará en cada lugar el significado verdadero de la frase. En este capítulo, «gentil espaldarazo» vale tanto como gran espaldarazo, gran golpe en la espalda.

(1) La preposicion *á* significa aquí *cerca de*, *junto á*, *próximo á*.

COMENTARIO.

Literalmente interpretado el texto en los capítulos segundo y tercero, parece que Cervántes se burla de la locura de Don Quijote, poniéndole en ridículo en su primera salida y jornada. No queremos desvanecer ilusiones. Créanlo buenamente así quienes opinan que Cervántes tuvo por principal designio en su obra anatematizar los libros de caballerías y los que á su lectura se dedicaban.

Para nosotros tienen los dos capítulos precedentes una explicacion más amplia, grande, hermosa y completa, y una significacion más elevada y filosófica.

Cervántes quiso representar en ellos, por más que aparentemente aparezca lo contrario, el triste premio que se da siempre en el mundo á la abnegacion, á la caballerosidad, á la hidalguía, al desinterés.

Don Quijote sale de su aldea, extravíado en verdad por las doctrinas de los libros caballerescos, pero ávido de gloria, lleno de fe, fuerte en sus creencias, noble por sus acciones, grande por su arriesgada empresa, presto, en una palabra, á seguir las huellas de los antiguos, pundonorosos andantes caballeros. Sus propósitos no pueden ser más relevantes: podrán haberle perturbado el juicio las lecturas de los libros de caballerías, el espíritu de imitacion, el amor á sus compatricios y la caridad hácia todos; pero eso no podrá nunca hacernos parecer ridículo el noble carácter delineado por el hijo de D.ª Leonor de Cortinas.

Don Quijote será siempre y en todos los países el hombre caballeroso, honrado, dignísimo, que no mueve á la risa, sino que excita á la compasion.

Sale el buen hidalgo Quijana de su aldea, no con aviesas intenciones, sino con grandes propósitos de hacer bien, y sólo encuentra por todas partes burlas y mofas. Nadie le desengaña, y todos le toman por materia de pasatiempo. El mundo desprecia y crucifica siempre á los que aparecen como redentores. Por eso se rie del buen hidalgo el ventero, le critican los mozos, sirve de

burla á las rameras, es apedreado por los arrieros, es desconocido de los más, y nadie comprende la alteza de sus intenciones.

Don Quijote, en estos capítulos, significa simbólicamente, por decirlo así, el hombre que con recta mira, con deseo eficaz de hacer bien, con dulce y amorosa caridad, quiere ser útil al extraño, favorecer al necesitado, reportar paz y bienandanza á la humanidad entera.

En vez de encontrar corazones generosos encuentra ánimos ruines; y todas sus magnánimas ilusiones se truecan en desengaños por extremo tristes.

El fin moral de los dos capítulos que comentamos es evidente. Se cifra en persuadir que los hombres generosos, nobles, desinteresados, siempre luchan con multitud de miserias, de rivalidades, de preocupaciones y de bajezas, que les persiguen, les maltratan y les asedian, ofreciéndoles miles de obstáculos para que no efectúen ó para ridiculizar sus elevados propósitos.

Triste condicion de todas las épocas; pero tristísima en aquellos tiempos de Cervántes en que se habia perdido muy considerablemente el antiguo espíritu de nobleza y caballerosidad, y queria restaurarlo el heróico aventurero de la Mancha, á costa de su reposo y con peligro manifiesto de su vida.

CAPÍTULO IV.

De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del Alba seria, cuando Don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huesped acerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, en (1) especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy apropósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia la aldea, el cual conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los piés en el suelo. No habia andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba, y apénas las hubo oido, cuando dijo: gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda; y volviendo las riendas encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes

(1) En la primera edicion se suprime la preposicion *en* por equivocacion de caja indudablemente.

un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprension y consejo, porque decia: la lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios que no lo haré otra vez y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato. Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrimada (1) la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo. El labrador que vió sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable por no pagarle la soldada (2) que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente, delante de mí, ruin villano? dijo Don Quijote. Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagadle luego sin más réplica; si nó, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra, desató su criado; al cual preguntó Don Quijote que cuánto le debia su amo. Él dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quijote y halló que montaban setenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, sino queria morir por ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y aún no habia jurado nada), que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado y un real de dos sangrias que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó Don Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrias por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagásteis, vos le habeis rompido el de su cuerpo, y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: así que por esta parte no os debe nada. El daño

(1) «Arrendada» han puesto todas las ediciones de la Academia. No sabemos por qué.

(2) El salario.

está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dijo el muchacho, más? ¡mal año! no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desollará (1) como á un San Bartolomé. No hará tal, replicó Don Quijote; basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que éste mi amo no es caballero, ni ha recibido órden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió Don Quijote, que Haldudos puede haber caballeros, cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dijo Andrés, ¿pero éste mi amo de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andrés, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, un real sobre el otro, y áun sahumados (2). Del sahumerio os hago gracia, dijo Don Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado: si nó por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondais más que una lagartija. Y si quereis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones, y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó de ellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volvióse á su criado Andrés, y díjole: venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Eso juro yo, dijo Andrés, y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si nó me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo. Tambien lo juro

(1) «Me desuelle», dice la primera edicion. Es aceptable la variante hecha.

(2) Es decir, y áun con creces, áun con exceso, ó con alegría y contentamiento.

yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto. Llamad, señor Andrés, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios: vereis cómo no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíais; pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas (1); pero con todo esto, él se partió llorando, y su amo se quedó riendo; y de esta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote, el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz: bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, oh sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel despiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas, donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian; y por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un grande tropel de gente, que, como despues se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á

(1) *Pagar con las setenas* vale tanto como condenar al que hizo un daño á restituir el valor del daño multiplicado por siete. La Academia en su Diccionario dice que *pagar con las setenas una cosa* es una frase con que se explica el daño ó castigo que alguno ha padecido desigual ó excesivo á la culpa que cometió.

pié. Apénas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer; y así, con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba), y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oir, levantó Don Quijote la voz, y con ademan arrogante dijo: todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son de estas razones, y á ver la extraña figura del que las decia, y por la figura y por (1) las razones luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia, y uno de ellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto le dijo: señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿qué hiciérais vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde nó, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ahora vengais uno á uno, como pide la órden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos que, porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oida, y más siendo tan en perjuicio de las Emperatrices y Reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y

(1) Así dice la edicion príncipe. La Academia, convertida en dómine de Cervántes, suprimió la palabra razones, y así lo han repetido la mayor parte de las ediciones. Mal hecho; porque es una alteracion inútil y arbitraria.

pagado; y áun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcobada, sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagareis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: non fuyais, gente cobarde, gente cautiva, atended que no por culpa mia, sino de mi caballo, estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera (1). Dábanle voces sus amos que no le diese tanto, y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera, y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él veia, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual, despues que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno ¿cómo lo haria molido y casi deshecho? Y aún se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

(1) La porcion de trigo que se echa en la tolva del molino.

CAPÍTULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo, pues, que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trájole su cólera á la memoria aquel de Valdovinos y del Marqués de Mántua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña (1); historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y áun creida de los viejos, y con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba, y así con muestras de grande sentimiento se comenzó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿Dónde estás, señora mia,
Que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
Ó eres falsa y desleal.

Y de esta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

Oh noble Marqués de Mántua,
Mi tio y señor carnal.

Y quiso la suerte, que cuando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar, y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino, el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia, que tan tristemente

(1) Por error de caja dice en la edicion príncipe: *montiña.*

se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el Marqués de Mántua, su tio, y así no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates, y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo; y apénas le hubo limpiado, cuando le conoció y le dijo: señor Quijana (que así se debia de llamar cuando él tenia juicio, y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á vuestra merced de esta suerte? Pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada (1). Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo, bien pensativo de oir los disparates que Don Quijote decia; y no ménos iba Don Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener en el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dijese qué mal sentia; y no parece sino que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarraez, cuando el Alcaide de Antequera, Rodrigo de Narvaez, le prendió y llevó cautivo á su Alcaidía. De suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar cómo estaba, y qué sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narvaez, del mismo modo que él habia leido la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe: aprovechándose de ella tan á (2) propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades, por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale prisa á llegar al pueblo, por excusar el enfado que Don Quijote le causaba

(1) Por parecer caballería más sosegada, dice la primera edicion.

(2) Tan de propósito, dicen las ediciones de la Academia. La alteracion hecha es arbitraria.

con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo: sepa vuestra merced, señor Don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo. A esto respondió el labrador: mire vuestra merced, señor ¡pecador de mí! que yo no soy Don Rodrigo de Narvaez, ni el Marqués de Mántua, sino Pedro Alonso su vecino, ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana (1). Yo sé quien soy, respondió Don Quijote, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y áun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas, que ellos to dos juntos y cada uno de por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la (2) casa de Don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de Don Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces: ¿qué le parece á vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que así se llamaba el cura) de la desgracia de mi señor? Tres dias há que no parecen él, ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender, y así es ello la verdad, como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene, y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces, hablando entre sí, que queria hacerse caballero andante, é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros, que así han echado á perder el más delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La

(1) Siempre pone la Academia *Quijada*. No sabemos qué razon le moveria á ello, con lo que ha hecho caer en la misma falta á otros poco escrupulosos editores de España y del extranjero, cuando el texto primitivo dice *Quijana* en los primeros capítulos, y cuando Cervántes dejó consignado en el comienzo de su obra que por conjeturas verosímiles se dejaba entender que el Hidalgo Manchego se llamaba *Quijana*. *Quijana* diremos, pues, devolviendo su antigua pureza al texto.

(2) Las ediciones de la Academia, y las que maquinalmente las han copiado, suprimen el artículo *la*.

sobrina decia lo mismo, y áun decia más: sepa, señor maese Nicolás (que este era el nombre del barbero) que muchas veces le aconteció á mi señor tio, estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio, decia que era sangre de las feridas que habia recibido en la batalla, y bebiase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traido el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran ántes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes. Esto digo yo tambien dijo el cura, y á fe que no se pase el dia de mañana, sin que de ellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y Don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor Marqués de Mántua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, Alcaide de Antequera. Á estas voces salieron todos, y como conocieron, los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que aún no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. Él dijo: ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sabia Urganda que cure y cate de mis feridas. Mira, en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decia á mí bien mi corazon del pié que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda (1), le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced. Leváronle luego á la cama, y catándole (2) las heridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era mo-

(1) Vrgada dice la edicion de 1605.
(2) Examinándole.

limiento, por haber dado una gran caida con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes (1), los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mí santiguada (2), que yo los queme mañana ántes que llegue la noche. Hiciéronle á Don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy á la larga del labrador, del modo que habia hallado á Don Quijote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner más deseo en el Licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino á casa de Don Quijote.

COMENTARIO.

De las dos aventuras que en los capítulos cuarto y quinto se contienen, basta con examinar la primera, para que desde luego se comprenda la razon con que en el comentario de los precedentes capítulos hemos dicho que el fin primordial de Cervántes no fué el de poner en ridículo la caballerosidad del Manchego Hidalgo, sino demostrar de un modo discreto y simbólico la triste suerte que logra siempre quien se propone defender á todo trance la justicia, propagar la verdad y erigirse en campeon de la virtud.

Vese, con efecto, que la primera aventura en que hace intervenir Cervántes á Don Quijote no puede ser más oportuna para honrarle y enaltecerlo. El magnánimo hidalgo, cuyos principales lemas eran socorrer al necesitado, amparar al cautivo, libertar al opreso, deshacer las injusticias y castigar la osadía y maldad, no bien oye los lamentos de Andrés, se propone saber las causas

(1) Hombres forzudos y de descomunal estatura.

(2) Locucion que equivale, entre otras acepciones, á *por mi vida, á fe mia.*

de tal lamento y castigo, y comprendiendo que su amo le flagela despiadadamente sin razon ni motivo fundado para tal crueldad, lo impide, amenaza con su indignacion al miserable verdugo, y le hace ofrecer sumiso que acataria sus órdenes y dejaria de castigar á su criado.

La accion, como se ve, no puede ser más relevante, más justa, más caballerosa. Era digno principio de las aventuras de Don Quijote.

El positivismo, el espíritu ruin y egoista, la maledicencia, la pasion, la iniquidad, dirán á una : — Y ¿qué necesidad tenia el hidalgo Manchego de mezclarse en socorrer á quien no le llamaba? Y ¿qué necesidad tenia tampoco de acrecentar el castigo del infeliz flagelado con la exigencia al vapuleador? ¿Qué debemos ni podemos contestar á esto? El positivismo, la ruindad, el egoismo, la maledicencia, la pasion, la iniquidad, siempre nos han inspirado lástima. El hombre de generosos y caritativos sentimientos, como lo es el protagonista de la produccion de Cervántes, siempre debe de sacrificarse en aras de sus semejantes necesitados, sin detenerse en considerar el resultado que tendrá su obra.

Impórtanle poco los reveses, las contrariedades, las diatribas, la calumnia y todas las viles y bajas pasiones : sacia una sed de su corazon benéfico con procurar ventura al desdichado, y esto le basta, no para su orgullo, sino para la tranquilidad y para la quietud grata y dulce de su conciencia.

Para hombres que todo lo ven bajo el punto de vista del positivismo no escribió Cervántes, ni escribimos nosotros. Un hombre de bien, un hombre honrado, un hombre caritativo pueden volver por los fueros de la justicia, y luego ser ésta hollada por maldad ó perversidad. ¿Perjudicará nunca tal acto á quien desinteresada, noble, magnánimamente haya querido ser el campeon de la verdad y del derecho? En modo alguno.

La conducta de Don Quijote en su primera aventura fué tan merecedora de aplauso con el resultado negativo que tuvo como si lo hubiese tenido cual el generoso hidalgo deseaba. Si la maldad del censurado no pudo ablandarse, acháquese, no á la rigidez de Don Quijote, que representaba el espíritu verdadero de caballería y de legalidad, sino á la ruin conducta de Juan Haldudo que no entendia de otras leyes y principios que las de su gusto y pedantería, perversidad y dureza.

Defectos podrá tener, y los tiene, Don Quijote en su vida ca-

balleresca; pero esos defectos jamás podrán empañar el mérito de sus grandes y loables acciones.

Cervántes nos lo ofrece siempre como nos lo presenta en su primer aventura: noble, excelso, digno, inimitable. Podrá equivocarse como se equivocan todos los mortales, pero sus actos siempre están inspirados por la caridad más sublime.

NOTA.

Pocas líneas tenemos que escribir para anotar el capítulo precedente; pues á excepcion de lo que se refiere á los doce Pares de Francia y á los nueve caballeros de la Fama, que necesita breve explicacion, lo demás del capítulo quinto, así como todo el cuarto, es llano y completamente sencillo.

Sobre los doce Pares de Francia diremos que, segun opinion general, fué una institucion caballeresca fundada por Carlomagno, siendo los más nombrados campeones de dicha órden Roldan, Oliveros, Guido de Borgoña, Ricarte de Normandia, Reinaldos de Montalvan, y otros «cuyos nombres, dice oportunamente el docto Bastús, son difíciles de señalar con puntualidad por la variedad con que se leen en las historias, romances y libros de caballerías.»

Podriamos escribir muchas páginas sobre el orígen de esta órden caballeresca, de los hechos de sus campeones, de sus gallardías, proezas y aventuras; pero tenemos por cierto y averiguado que no se adaptaria á las condiciones que nos hemos impuesto, un trabajo de esa índole. Basta que se dé una precisa, breve y clara idea de lo que se trata, y que pueda servir de utilidad á los que lo ignoren; pues los que deseen conocer más á fondo la historia de los mencionados caballeros, pueden leer los trabajos literarios que hay escritos expresamente sobre ellos, entre cuyas producciones descuella de un modo muy notable el *Discurso preliminar* que sobre los libros de caballerías escribió el docto cervantista Sr. D. Pascual de Gayangos, y se halla al frente del tomo 40 de la *Biblioteca de Autores españoles.*

Pocas palabras tenemos que decir tambien de los nueve caballeros de la Fama, citados por Cervántes en el capítulo que anotamos.

En un libro, publicado en Portugal en 1530, traducido del francés, y titulado *Crónica llamada Triunfo de los nueve más preciados caballeros de la fama* se dice que estos fueron Josué, David y Judas Macabeo entre los judíos; Alejandro, Héctor y Julio César entre los gentiles, y el rey Artús, Carlomagno y Godofre de Bullon entre los cristianos.

CAPÍTULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso Hidalgo.

El cual aún todavia dormia. Pidió las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana: entraron dentro todos, y el ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran prisa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: tome vuestra merced, señor Licenciado, rocie este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo. Causó risa al Licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero de ellos, y pegarles fuego, y si nó llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos fué los cuatro de *Amadis de Gaula*, y dijo el cura: parece cosa de misterio ésta, porque segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y orígen de éste, y así me parece que como á dogmatizador de una secta tan mala le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir, que es el mejor de todos los libros que de este

género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dijo el barbero, *Las Sergas de Esplandian,* hijo legítimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre : tomad, señora ama, abrid esa ventana, y echadle al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dijo el cura. Este que viene, dijo el barbero, es *Amadis de Grecia,* y áun todos los de este lado, á lo que creo, son del mismo linaje de Amadis. Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la Reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dijo el barbero : y áun yo, añadió la sobrina. Pues así es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo. ¿ Quién es ese tonel ? dijo el cura. Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Laura.* El autor de ese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardin de Flores,* y en verdad que no sepa determinar, cuál de los dos libros es más verdadero, ó, por decir mejor, ménos mentiroso : solo sé decir que éste irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue es *Florismarte de Hircania,* dijo el barbero. ¿ Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura : pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo : al corral con él, y con esotro, señora ama. Qué me place ! señor mio, respondia ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es *El Caballero Platir,* dijo el barbero. Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia ; acompañe á los demás sin réplica ; y así fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título *El Caballero de la Cruz.* Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia ; mas tambien se suele decir : tras la cruz está el diablo : vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dijo : este es *Espejo de caballerías.* Ya conozco á su merced, dijo el cura : ahí anda el señor Reinaldos de Montalvan con sus amigos y compañeros, más

ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpin, y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto, al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero; mas no le entiendo. Ni áun fuera bien que vos le entendiéreis, respondió el cura, y aquí le perdonaramos al señor capitan que no le hubiera traido á España, y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua; que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efecto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan de estas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer de ellos, exceptuando á un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que éstos en llegando á mis manos han de estar en las del ama, y de ellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Inglaterra*, lo cual visto por el Licenciado, dijo: esa oliva se haga luego rajas y se queme, que áun no queden de ella las cenizas, y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que éste y Amadis de Gaula queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata (1), perezcan.

(1) Frase que equivale á decir: sin andar con más exámen ni reconocimiento.

No, señor compadre, replicó el barbero, que éste que aquí tengo es el afamado *Don Belianis.* Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino (1), y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa; mas no los dejeis leer á ninguno. Qué me place! respondió el barbero, y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes, y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia más gana de quemarlos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los piés del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decia: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.* Válame Dios, dijo el cura, dando una gran voz: ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está Don Kirieleison de Montalvan, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalvan, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada y la señora Emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento ántes de su muerte, con otras (2) cosas de que todos los demás libros de este género carecen. Con todo eso os digo, que merecia, el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevadle á casa, y leedle, y vereis que es verdad cuanto de él os he dicho. Así será, respondió el barbero: pero ¿qué haremos de estos pequeños libros que quedan? Estos, dijo el cura, no

(1) Es decir, désele un término de tiempo algo largo para que se enmiende. En la época en que las comunicaciones con las posesiones del nuevo mundo eran bastante tardías, los jueces emplazaban á comparecer en España á los delincuentes de dichas posesiones de Ultramar en el término de medio año.

(2) Con estas cosas, dice la edicion príncipe. La variante de la Academia es muy aceptable en esta ocasion.

deben de ser de caballerías, sino de poesía; y abriendo uno vió que era *La Diana de Jorge de Montemayor*, y dijo: (creyendo que todos los demás eran del mismo género) estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entendimiento (1), sin perjuicio de tercero. ¡Ay señor! dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demás; porque no seria mucho que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor, hacerse poeta, que segun dicen, es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por la *Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y del agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino*, y estotro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es *Gil Polo*. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero, abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por *Antonio de Lofraso*, poeta Sardo. Por las órdenes que recibí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los poetas peetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos de este género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leido, puede hacer cuenta que no ha leido jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: éstos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares*, y *Desengaños de celos*. Pues no hay más que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que seria nunca acabar. Este que viene es *El Pastor de Fíli-*

(1) De entretenimiento, dicen las ediciones modernas. Mal hecho; porque no era preciso alterar el texto primitivo.

da. No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero, *Tesoro de varias poesías.* Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras más heróicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero, *El Cancionero de Lopez Maldonado.* Tambien el autor de ese libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las Églogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. ¿Pero qué libro es ese que está junto á él? *La Galatea de Miguel de Cervántes*, dijo el barbero. Muchos años há que es grande amigo mio ese Cervántes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que esto se vé, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre. Qué me place! respondió el barbero, y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana de Don Alonso de Ercilla, La Austriada de Juan Rufo, Jurado de Córdoba*, y *El Monserrato de Cristóbal de Virués*, poeta valenciano. Todos esos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el cura de ver más libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba, *Las lágrimas de Angélica.* Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

COMENTARIO.

Ningun trabajo crítico-literario se encuentra en nuestra rica y hermosa literatura del siglo de oro comparable al que en el capítulo que comentamos se contiene. Cuantos hayan hecho un estudio detenido de la época á que nos referimos nos darán la razon. Trabajos ascéticos, algun que otro tratado sobre gramática, defensas y apologías de escritores distinguidos, semblanzas, crónicas, historias, fábulas, vidas de santos, viajes y solazamientos de príncipes, habian completado hasta entónces las exigencias de la generalidad.

La crítica, la verdadera literatura crítica, estaba en aquellos tiempos olvidada y hasta completamente desatendida. Se nos querrá decir que nó, que entónces se elogiaba en los libros y se mencionaban en ellos las producciones de los autores, como ahora nos valemos para el mismo objeto del periódico, del semanario y del folleto. No es esto lo que se trata de persuadir. Lo que hay que tener en cuenta y saber es que ninguno de los que hablaban entónces de las composiciones extrañas en sus obras tenian gusto crítico, ni condiciones para formar un juicio exacto y acertado de los trabajos literarios: faltábales esa discrecion para emitir una buena crítica, que enseña y deleita al mismo tiempo.

Sólo á Cervántes estuvo reservada tal gloria, como le estuvo reservada tambien la de haber novelado primero que otro alguno en nuestra habla inimitable. Bastara el trabajo que nos ocupa para persuadir esta verdad. Otro escritor, sin gusto, sin discernimiento, soberbio con su erudicion, revestido con sus lugares comunes, tan presuntuoso como pedante, hubiera cansado al lector censurando los libros de caballerías; hubiera citado á latinos y á griegos, á antiguos y á modernos, para formar de dichas producciones un empalagoso juicio crítico. Pero, Cervántes ¡con qué discrecion, con qué gracia, hasta con qué inapreciable donosura, acierto y llaneza trata el asunto!

No hay palabra excedente en su atinada crítica: nada escapa á su penetracion: la belleza respira por doquier. Todos sus juicios son fundados. Con un rasgo de su pluma pinta gallardamen-

te la perfeccion de un libro, y con otro rasgo sin premeditacion ni estudio nos bosqueja la deformidad de otro. De éste, nos elogia escenas; de aquel, nos censura capítulos ó pasajes; de estotro, nos manifiesta bellezas; de esotro, preciadas perfecciones nos ofrece. Aquí sarcástico, allí grave, allá chistoso, acullá revestido de oportuna seriedad, siempre se nos muestra Cervántes el crítico incomparable de nuestro siglo de oro.

Por eso habla con tanto acierto de *Amadis de Gaula;* condena al fuego á *Esplandian;* menosprecia por disparatado á *Amadis de Grecia;* envia á la hoguera á todos los del mismo linaje de Amadis; se burla donosamente de *Olivante de Laura* y *Jardin de Flores;* entrega al ridículo al duro y seco *Florismarte de Hircania;* aplica el mismo castigo al *Caballero Platir;* hace una crítica finísima del *Caballero de la Cruz;* al *Palmerin de Oliva* lo manda al corral y al *Palmerin de Inglaterra* lo aprecia y estima en lo que vale; y de todos los demás libros caballerescos anda en sus apreciaciones tan exacto que todos los críticos posteriores siguen sus dictámenes y copian sus observaciones acertadas (1).

Y no ménos prudente anda en sus demás juicios literarios. Basta para comprobarlo lo que dice de las dos continuaciones de la *Diana* de Montemayor, tan perfecta y sobresaliente la una, tan ruin y mal pergeñada la otra, tan agradable la de Gil Polo, tan desapacible la del médico de Salamanca.

Y si en algun punto no está tan discreto como de su prudencia y buen gusto era de esperar; si la *Austriada* de Rufo y el *Monserrate* de Virués, aparecen más benévolamente tratados de lo que su escaso mérito exige; si al hablar, en fin, de la *Fílida* y de *Las lágrimas de Angélica* se deja llevar de su corazon generoso y de la amistad que con dichos autores le ligaba, esto no empece en nada á su buen gusto literario y á su discrecion y fina crítica.

Con sus defectos, y todo, el capítulo que comentamos es, como hemos insinuado al principio, el único trabajo crítico-literario (que nombre de tal merezca) que nos ofrece nuestro siglo de oro.

Áun los que por aquellos tiempos se dedicaban á trabajos de tal índole no pudieron superarle. Saavedra Fajardo, que para na-

(1) Como hemos prometido en el primer capítulo, daremos al final del tomo un Catálogo breve y sucinto de cuantas obras se mencionan en éste como en los demás lugares de *El Quijote.*

da se ocupa del gran escritor del siglo de oro en su *República literaria*, hastia y cansa, porque su crítica es indigesta, y en algunos lugares demasiadamente exagerada. Montalvan en todas sus composiciones de crítica, divaga; Lope de Vega da lástima de verlo tan ampuloso y tan afectado; no está muy afortunado algunas veces Quevedo; Gonzalez de Salas mortifica al lector por el deseo de mostrarse erudito y perspicaz; y en fin, hasta el mismo Tamayo de Vargas, uno de los que en tiempo de Cervántes tuvo fama de muy ilustre é incomparable crítico, emplea un estilo tan árido y una erudicion tan exhuberante que pocas personas resisten hoy la lectura de sus concepciones.

Puede asegurarse que en exceso de lugares comunes, de citas latinas y griegas, de erudicion y hasta de pedantería, todos los anteriores literatos y otros que escribieron algunos trabajos críticos superan á Cervántes ; pero jamás, nunca, podrán, no imitarle, no igualarle, pero ni acercársele siquiera en esa crítica sencilla, prudente, sobria, atractiva, atinada y circunspecta que resplandece en el capítulo que comentamos, y que á la vez que demuestra que nuestro Miguel se adelantaba en todo á su siglo, nos ofrece un preciado modelo para tratar las más graves y, al parecer, áridas cuestiones con grata y deleitosa naturalidad.

CAPÍTULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.

Estando en esto, comenzó á dar voces Don Quijote, diciendo: aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oidos *La Carolea, y Leon de España,* con los hechos del Emperador, compuestos por Don Luis de Avila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura, le dijo: por cierto, señor Arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin más ni más llevar la victoria de este torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana, y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dijo Don Quijote; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo sólo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaria yo Reynaldos de Montalvan, si en le-

vantándome de este lecho no me lo pagare, á pesar de todos sus encantamentos; y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así, diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refran en ellos, de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entónces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa, cesaria el efecto), y que dijesen que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su ama, que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo: ¿qué aposento, ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro, ni aposento alguno: sólo se nos acuerda muy bien á mí y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dijo Don Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton: sólo sé que acabó en ton su nombre. Así es, dijo Don Quijote; que ese es un sabio encantador grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con

un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo, que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el Cielo está ordenado. Quién duda de eso, dijo la sobrina ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados? ¡Oh sobrina mia! respondió Don Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta: primero que á mí me trasquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendia la cólera. Es, pues, el caso que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decia que la cosa de que más necesidad tenia el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salir con él y servirle de escudero. Deciale entre otras cosas Don Quijote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador de ella. Con estas promesas y otras tales, SANCHO PANZA (que así se llamaba el labrador), dejó su mujer é hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quijote órden en buscar dineros; y vendiendo una cosa, y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela (1) que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester: sobre todo le encargó que

(1) Escudo redondo y delgado, segun la Academia, que embrazado en el brazo izquierdo, cubre el pecho al que pelea con espada.

llevase alforjas. Él dijo que sí llevaria, y que asimismo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho (1) á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba, si algun caballero andante habia traido escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria; mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó Don Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia tomado en su primer viaje, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con ménos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo: mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual respondió Don Quijote: has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; ántes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo ménos (2) de marqués de algun valle ó provincia de poco más á ménos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que ántes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes, que viniesen de molde para coronarte por Rey de uno de ellos.

---

(1) Palabra anticuada que vale tanto como acostumbrado, diestro.

(2) Ó por lo mucho de marqués, dice la edicion príncipe.

Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar áun más de lo que te prometo. De esa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo ménos Juana Gutierrez, mi oislo (1), vendria á ser reina, y mis hijos infantes. ¿ Pues quién lo duda ? respondió Don Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedis para reina : condesa, le caerá mejor, y aún Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quijote, que él le dará lo que más convenga ; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con ménos que con ser Adelantado (2). No haré, señor mio, respondió Sancho, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien, y yo pueda llevar.

(1) Esta palabra, en boca de Sancho, vale tanto como mi mujer. Familiarmente significa la persona á quien se tiene particular estima y afecto.

(2) Bastús, que ha sido uno de los más eruditos escritores contemporáneos, en su *Memorandum anual y perpetuo* cita las palabras de las *Partidas*, en las cuales se dice que « tanto quiere decir Adelantado como hombre metido adelantado en alguno fecho señalado por mandado del Rey. »

—La autoridad del Adelantado—añade Bastús, era la superior de la provincia, reuniendo la gubernativa y muchas veces la militar y la judicial. Era el adelantado la autoridad á la que se apelaba de las providencias de los merinos ó jueces de partido, y de él al Rey.—

CAPÍTULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de feliz recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejór de lo que acertáramos á desear, porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; ántes iba diciendo en voces altas: non fuyades (1), cobardes y viles criaturas, que un solo ca-

(1) No huid, no huyais.

ballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: pues aunque movais más brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre (1), arremetió á todo el galope de Rocinante, y envistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas á continua mudanza: cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respodió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante que medio despaldado estaba, y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice, porque allí decia Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: yo me acuerdo haber leido que un caballero español llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Héte dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y

(1) Estar con la lanza en el ristre es expresion que vale lo mismo que estar preparado para el combate.

pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apénas podrán ser creidas. Á la mano de Dios (1), dijo Sancho: yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice: pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caida (2). Así es la verdad, respondió Don Quijote, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir, que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir Don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse, como y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entónces no habia leido cosa en contrario en la órden de caballería. Díjole Sancho, que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo, que por entónces no le hacia menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo, muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno de ellos desgajó Don Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros, cuando los caballeros pa-

(1) *Á la mano de Dios*, es una expresion que vale tanto como *decidámonos, determinémonos, á hacer lo que se ha dicho, vamos, pues*, etc., etc.

(2) Este chiste de Sancho, tan oportuno y tan traido á tiempo, basta para comprender la gran maestría con que manejaba Cervántes el habla castellana, y la inimitable gracia y naturalidad para escribir de que estaba dotado.

saban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo más flaca que la noche ántes, y afligiósele el corazon, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra (1) de las tres del dia le descubrieron. Aquí, dijo en viéndole Don Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y más que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad, que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo ménos, respondió Don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el dia del Domingo. Estando en estas razones asomaron por el camino dos frailes de la órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos (2) de camino y sus quitasoles. Detrás de ellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaina, que iba á Sevilla donde estaba su

(1) Quiere decir: y á eso de las tres, ó bien, despues de haber caminado hasta las tres le descubrieron.

(2) Palabra anticuada que significa anteojos.

marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apénas los divisó Don Quijote, cuando dijo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la más famosa aventura que se haya (1) visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto (2) á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podrian (3) oir lo que dijese, en alta voz dijo: gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas; si nó aparejaos (4) á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo Don Quijote; y sin esperar más respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baja arremetió contra el primer fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y áun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña más ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió

(1) Que se ha visto, dicen algunas ediciones de la Academia.

(2) Esta palabra, que tanto la emplea Don Quijote, significa injusticia, desafuero, iniquidad, maldad, afrenta y agravio.

(3) Las ediciones de la Academia y cuantos las han copiado ponen *podian:* alteracion, á la verdad, inútil é innecesaria. Nosotros conservamos la pureza primitiva del texto.

(4) Palabra hoy de poco uso. Vale tanto como preparaos.

á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido; y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: la vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo; y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed, que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habeis recibido, no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso (1), y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que Don Quijote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaino, el cual viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaina de esta manera: anda, caballero, que mal andes, por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaino. Entendióle muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió: si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el vizcaino: ¿yo no caballero? juro á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas, y es-

(1) Totoboso dice la primera edicion por errata de caja, que han corregido las posteriores ediciones.

pada sacas, el agua cuán presto verás, que al gato llevas: vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo veredes, dijo Agrages, respondió Don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaino, con determinacion de quitarle la vida. El vizcaino, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaino en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama, y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de allí algun poco, y desde léjos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaino una gran cuchillada á Don Quijote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe (1). El vizcaino que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje (2), y determinó de hacer lo mismo que Don Quijote; y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías no podia dar un paso. Venia, pues, como se ha dicho, Don Quijote, contra el cauto vizcaino, con la espada en

(1) *Á la de un gol solo*, dice la primera edicion por error de caja.

La variante de la Academia ha sido muy discreta en esta ocasion.

(2) En la edicion que hizo Rios se pone *coraje* con *g*. Luego ha puesto el Diccionario *coraje* con *j*. Hace bien la Academia: de ese modo nadie entiende su ortografía ni ha podido entenderla nunca.

alto, con determinacion de abrirle por medio, y el vizcaino le aguardaba asimismo, levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban, y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término deja pendiente el autor de esta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito de estas hazañas de Don Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor de esta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que de este famoso caballero tratasen; y así con esta imaginacion, no se desesperó de hallar el fin de esta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

SEGUNDA (1) PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

CAPÍTULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente Manchego tuvieron.

Dejamos en la primera parte de esta historia al valeroso vizcaino y al famoso Don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de (2) descargar dos furibundos fendientes (3), tales que si en lleno se acertaban, por lo ménos se dividirian y fenderian de arriba abajo, y abririan como una granada, y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor donde se podria hallar lo que de ella faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco, se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y

(1) Las ediciones de la Academia que hemos repasado ponen Primera parte, en vez de Segunda, como dice el texto primitivo. Otras ediciones, la generalidad, suprimen dicho encabezamiento y ponen el número correlativo de capítulos como componentes todos de la primera parte de *El Quijote.* Por más que dicha alteracion es muy explicable, nosotros conservamos el texto tal como se lee en la edicion de 1605.

(2) *En guisa de*, vale aquí tanto como, *en actitud de.* La palabra anticuada *guisa* tiene además las acepciones de modo, manera, voluntad, etc., etc.

(3) Como si dijera, dos tremendas cuchilladas.

fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno de ellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual, ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que, pues entre sus libros, se habian hallado tan modernos como *Desengaños de celos* y *Ninfas y Pastores de Henares,* que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de deshacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algun follon (1), ó algun villano de hacha y capellina (2), ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y áun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo

(1) *Follon*, tanto vale como persona ruin, de escasa ó de ninguna importancia.

(2) Palabra anticuada que significa, segun el *Diccionario de la Academia*, la cubierta que se ponian los rústicos en la cabeza á modo de capucho para defenderse del agua y del frio.

y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero; y como yo (1) soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caractéres que conocí ser arábigos, y puesto que aunque los conocia no los sabia leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado (2) que los leyese; y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir: preguntéle que de qué se reia, y respondióme que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion; díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa, dijo: está, como he dicho, aquí en el márgen, escrito esto: *esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha.* Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quijote. Con esta imaginacion le dí prisa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decia: *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.* Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recibí cuando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo por facilitar más el negocio y por

(1) El pronombre *yo* que lo trae la edicion príncipe lo han suprimido muchas ediciones.

(2) *Morisco aljamiado*, morisco que entendia el castellano.

no dejar de la mano tan buen hallazgo, le traje á mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere. Estaba en el primer cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quijote con el vizcaino, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaino tan al vivo que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta : tenia á los piés escrito el vizcaino un título que decia: *Don Sancho de Azpeitia* (1), que sin duda debia de ser su nombre, y á los piés de Rocinante estaba otro que decia: *Don Quijote:* estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante: junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los piés del cual estaba otro rótulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza, y de Zancas; que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia; que ninguna es mala como sea verdadera. Si á ésta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos, aunque por ser tan nuestros enemigos, ántes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado; y así me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio; cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la aficion no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. En ésta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la más apacible, y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor, ántes que por falta del sujeto. En

(1) Don Sancho de Azpetia, dice la primera edicion.

fin, su segunda parte, siguiendo la traduccion, comenzaba de esta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico vizcaino, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho. ¡ Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro Manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña comenzó á echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dijo que se rindiese; si nó que le cortaria la cabeza: estaba el vizcaino tan turbado que no podia responder palabra, y él lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entónces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero: á lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de pro-

meter de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga de él lo que más fuere de su voluntad. Las temorosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quijote pedia, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, puesto que (1) me lo tenia bien merecido.

---

(1) *Puesto que*, vale tanto como *aunque*.

CAPÍTULO X.

De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero (1).

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor Don Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle victoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y ántes que subiese, se hincó de rodillas delante de él y asiéndole de la mano, se la besó y le dijo: sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado; que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. Á lo cual respondió Don Quijote: advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las á ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, ó una oreja ménos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno, y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar más con

(1) El epígrafe del capítulo X en las ediciones primeras dice: *De lo que más le avino á Don Quijote con el vizcaino y del peligro en que se vió con una turba de yangüeses.* La Academia notó que el epígrafe de este capítulo estaba equivocado, y lo corrigió poniéndole el que le dejamos. La alteracion de la Academia ha sido en este pasaje oportunísima y la han aceptado las ediciones sucesivas.

las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que segun quedó maltrecho aquel con quien os combatísteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad, y nos prendan; y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dijo Don Quijote ¿y dónde has visto tú ó leido jamás, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo; y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los Caldeos, cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida ¿has (1) visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿has leido en historias otro que tenga ni haya tenido más brio en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es, que más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho: lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas. ¿Qué redoma, y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna; y así, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer, sino que cuando vieres que en alguna ba-

(1) Las ediciones de la Academia dicen: Has tú visto? Por qué? ¿Qué motivó tal alteracion, que luego han copiado inconsideradamente las ediciones particulares?

talla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente, la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sutileza, ántes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajarlo igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera más de á dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacerle. Con ménos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quijote. Pecador de mí! replicó Sancho ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacerle y á enseñármele? Calla, amigo, respondió Don Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte; y por ahora curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento; mas cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo, dijo: yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y á los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mántua, cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque de ellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dijo: advierta vuestra merced, Señor Don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote, y así anulo el juramento, en cuanto lo que toca á tomar de él nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como ésta á algun caballero; y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que ésto mismo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al

diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si nó, dígame ahora: si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada ¿qué hemos de hacer? ¿hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mántua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engáñaste en eso, dijo Don Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la bella. Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa (1) ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, ó el de Sobradisa (2), que te vendrán como anillo al dedo, y más que por ser en tierra firme te debes más alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aquí traigo una cebolla y un poco de queso y no sé cuantos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Qué mal lo entiendes! respondió Don Quijote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren más á mano; y esto se te hiciera cierto, si hubieras leido tantas historias como yo; que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demás dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer, y sin hacer todos los otros menesteres naturales, por-

(1) Esta ínsula, dice la edicion de 1605.

(2) Soliadisa dice equivocadamente la edicion primitiva. Muy acertada en esta ocasion la variante de la Academia.

que en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su más ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caido en las reglas de la profesion caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia. No digo yo, Sancho, replicó Don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices; sino que su más ordinario sustento debia de ser de ellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que traia, comieron los dos en buena paz y compaña. Pero deseosos de buscar donde (1) alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y diéronse prisa por llegar á poblado ántes que anocheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí; que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

COMENTARIO.

La lucha del positivismo más grosero contra el idealismo más puro está personificada en los cuatro precedentes capítulos. Don

(1) Las ediciones de la Academia, y todas, dicen: adonde alojar. Nosotros seguimos el texto primitivo, como siempre.

Quijote sale de nuevo de su aldea, aparentemente perturbada su imaginacion y trastornado su cerebro, con objeto de deshacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas y enderezar sinrazones. Equivocado podrá estar y aparecer en muchos lances de los que en dichos capítulos se le ofrecen; pero jamás se le podrá negar la cualidad elevada y notabilísima de la abnegacion, del valor, del desinterés y del heroismo. En todos sus actos resplandece. Su deseo es siempre amparar al desdichado y socorrer á quien él cree opreso y desvalido.

Tipo opuesto, carácter completamente contrario, tan positivista como amante de la idea es Don Quijote, se nos muestra siempre su escudero Sancho Panza. Es la lucha que se entabla entre el positivismo y el idealismo. Desde el momento en que Don Quijote solicita á Sancho para que le sirva de escudero, éste le exige la seguridad de lo que ha de ganar. Es preciso que el caballero andante le prometa donarle, en cuanto ocasion se presente, una ínsula que gobierne, para que el antiguo labrador acepte.

Conseguido esto, y puesto en camino, vemos más á las claras el positivismo que en Sancho predomina. En tanto que Don Quijote no piensa en nada sino en su triunfo despues del combate con el vizcaino, Sancho se entretiene en ver lo que puede arrebatar á los vencidos, y lo primero que dice á su amo no es: ¿cómo está vuestra merced? ¿qué desea? ¿qué socorro necesita? sino : ¿dónde está la ínsula que vuestra merced me prometió? ¿dónde está el premio de mi salida? ¿dónde está la recompensa de mi viaje? De todo se acordará Sancho Panza, ménos de su obligacion hácia á Don Quijote como señor y dueño.

Y tenia que resultar así por necesidad.

Cervántes se propuso personificar en los precedentes capítulos la lucha del positivismo contra el idealismo, y lo consiguió perfectamente.

Siempre el hombre noble, desinteresado, alentado por la fe, grande en sus acciones, excelso en sus procedimientos, lleno de abnegacion y ávido de gloria, ha vencido obstáculos, superado dificultades, sobrellevado desventuras, y sufrido con resignacion disgustos con tal de llegar al ideal que se habia propuesto. El Manchego hidalgo se habia propuesto llegar al ideal de sus ensueños por medio tambien de innumerables trabajos. ¿Qué le importaban á él los contratiempos? Todos, áun los más graves, los

sobrellevaba con tal de conseguir y ver el fin de sus aspiraciones.

No así Sancho, porque éste no trabajaba por la gloria, por el crédito, por el prestigio, por la fama: trabajaba por el lucro y por el interés. Por eso, á semejanza de todas las personas positivistas, no queria más que empleos, dineros, dignidades, vanaglorias, ostentaciones, riquezas.

Es la eterna, la interminable lucha entre unas creencias y otras, magistralmente pintada, como sabia hacerlo el autor de *Galatea*, de *Rinconete y Cortadillo* y de *Don Quijote.*

¡Hombre insigne, á quien no podrán elogiarle ni encarecerle nunca las plumas de todos los literatos presentes y futuros! ¡Tales son sus méritos y tal es su fama!

NOTAS.

La Santa Hermandad fué muy célebre en España, especialmente en aquellos tiempos en que dicha institucion, en sus diversas manifestaciones, ejercia grande influencia en las ciudades y en despoblado. Puede decirse que habia tres clases de Santa Hermandad. Una era la vieja de Toledo, que tenia vida desde el siglo XIII. Otra la que fundaron los reyes católicos en 1489. Llamáronse los individuos de una y otra cuadrilleros, por ir divididos en cuadrillas ó pelotones. Sus armas eran: chuzo, ballesta ó escopeta, vara de autoridad, y caja para llevar el título de su nombramiento, y exhibirlo en sazon y tiempo necesario, como veremos que tuvieron que hacer los cuadrilleros en cierta ocasion con Don Quijote para comprobar su autenticidad. Otra de las variaciones de las Hermandades era el tribunal que habia por objeto proceder contra los delitos que se cometian en despoblado.

Sus ordenanzas eran rígidas. Este tribunal fué estatuido en 1476 por los reyes católicos. El que salteaba bienes, forzaba doncellas, inferia muertes alevosas, ó cometia otras semejantes acciones, tenia pena capital con saeta. Al que hurtaba 150 maravedís ó de ahí abajo, se le condenaba á destierro con azotes, pa-

gando el doble á la parte y los gastos del tribunal. Si la suma robada montaba á 500 maravedís, se cortaba las orejas y se daba cien azotes á los delincuentes. Si la suma llegaba á 5.000 se les cortaba un pié y se les aplicaba otros castigos más crueles; y si excedia de esta cantidad moria asaeteado en el campo.

Sabedor Sancho del rigor que usaban los cuadrilleros en aquel tiempo, no es de extrañar que abrigase tantos y tales temores, y que encareciese á su amo la conveniencia de alejarse cuanto ántes de sus alcances.

*

Dice el texto, que viendo Don Quijote los temores de su escudero, le prometió sacarlo «de las manos de los caldeos, cuanto más de las de la Santa Hermandad.»

Para comprender bien este lugar hay que tener presente lo que algunos autores escriben sobre los caldeos. Estos reconocian á un Dios supremo, autor de todas las cosas, eran considerados como el pueblo más antiguo del Oriente, y se dedicaron al estudio de la filosofía y al movimiento de los astros.

El docto Bastús dice lo siguiente:

«El profeta Jeremías amenaza con frecuencia á los judíos que Dios les entregará en manos de los caldeos si no se corrigen de sus extravíos. De esta amenaza nació la frase española: *Te sacaré hasta de las manos de los caldeos*, que se usa para animar á uno á una empresa y desvanecer el temor que pueda tener en emprenderla.»

CAPÍTULO XI.

De lo que sucedió á Don Quijote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha prisa su rústica mesa, y convidaron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo: porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio de ella se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mí lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor (1) se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pié y á mis solas, como sentado á par de un Emperador. Y áun si

(1) *Lo mismo que del ama, sé decir que todas las cosas iguala:* así dice la primera edicion. La variante de la Academia es muy aceptable en este caso, y muy acertada.

va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos (1) de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza; y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella jeringoza (2) de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huespedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño (3). Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso más duro que si fuera hecho de argamasa (4). No estaba en esto ocioso el cuerno (5), porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño (6) de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivian, igno-

(1) *Gallipavo*, segun los Diccionarios, es un ave doméstica de la América septentrional, de más de tres piés de largo, cuya carne es muy estimada y sabrosa.

(2) Frase gitana que significa lo que es oscuro y difícil de entender.

(3) Frase muy gráfica y oportuna que vale tanto como, llenaban la panza, introducian en el baul de su vientre hermosísimos y grandes trozos de carne.

(4) Quiere decir, como si fuera hecho de cal y arena.

(5) Aún hoy es muy general en la Mancha la costumbre de sacar el vino de los zaques ú odres ó pellejos con vasos de cuerno.

(6) Un puñado de bellotas.

raban estas dos palabras de *tuyo y mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia: aún no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entónces la poseian. Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos (1) y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje (2) aún no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque en-

---

(1) *Algunas hojas verdes de lampazos*, dice la edicion príncipe.

(2) Esto es, la ley de la conveniencia, del lucro, del egoismo, de la parcialidad, de la falsía y de la perfidia.

tónces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras (1), sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos, y creciendo más la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo (2) y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero; que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogísteis y regalásteis, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron, le trajeron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin responderle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque que, porque se enfriase el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Más tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo: para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero

(1) *Solas y señeras* dicen las ediciones modernas, variante que introdujo la Academia, porque al Sr. Pellicer le plugo hacer tal y tan inconveniente alteracion.

Nosotros conservamos el texto tal y con la misma pureza que salió de las prensas primitivas. El adjetivo *señeras* es una redundancia é impertinencia despues del adjetivo *solas*, en tanto que la palabra SEÑORAS expresa de manera gráfica, notable y perfecta el modo con que vivian, retiradas y enseñoreándose de los contemporáneos, las doncellas á que hace referencia Cervántes.

El haber adoptado la variante de Pellicer ha sido un absurdo: el restablecer el texto primitivo, como nosotros hacemos, es acertadísimo y digno de ser imitado y seguido.

(2) *El gasaje*, dice por error de caja la edicion de 1605. Muy oportuna la enmienda de la Academia en este caso

andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay más que desear. Apénas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiendo que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dijo: de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huesped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música: hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres, y nos saques verdaderos; y así te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Qué me place! respondió el mozo, y sin hacerse más de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo de esta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho
Ni áun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.
Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches
Y honestísimos desvíos,
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.
Abalánzase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido
Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo

Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino;
Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Más de una vez habrás visto
Que me he vestido en los Lúnes
Lo que me honraba el Domingo.
Como el amor y la gala
Andan un mismo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quise mostrarme polido.
Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto,
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas
Que de tu belleza he dicho,
Que, aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabándote, me dijo:
Tal piensa que adora un Angel,
Y viene á adorar á un jimio,
Merced á los muchos dijes
Y á los cabellos postizos,
Y á hipócritas hermosuras
Que engañan al amor mismo.
Desmentíla, y enojóse,
Volvió por ella su primo,
Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hice, y él hizo.
No te quiero yo á monton,
Ni te pretendo y te sirvo
Por lo de barraganía (1),
Que más bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo, (2)
Pon tu cuello en la gamella, (3)
Verás como pongo el mio.

---

(1) Quiere decir, que lo que pretende lo quiere por fines honestos, no por medio de amancebamientos ó de ilícitas relaciones, que es lo que significa la palabra *barraganía.*

(2) De seda.

(3) Gamella, segun la definicion del Diccionario, es el arco que se forma en cada extremo del yugo que se pone á los bueyes para tirar del carro ó del arado. Símil muy oportuno como to-

Donde nó, desde aquí juro
Por el Santo más bendito,
De no salir de estas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque Don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oir canciones. Y así dijo á su amo: bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche; que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho (1). No lo niego, replicó Don Quijote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo esto seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

COMENTARIO.

La alegoría del idealismo contra el positivismo, que se empezó á bosquejar en los anteriores capítulos, se continúa y perfecciona y concluye en éste.

---

dos los de Cervántes, porque nada más adecuado para significar el matrimonio que colocarse cada uno de los amantes bajo los dos arcos que forman el yugo.

(1) Respuesta muy graciosa y oportuna, y que demuestra la inimitable gracia con que Cervántes manejaba el habla castellana.

Los dos tipos que aquí accionan, hablan y descuellan, ofrecen enseñanza abundante é importantísima. Siempre se nos muestra Don Quijote sublime; mezquino Sancho Panza. Este es el positivismo; aquel la abnegacion y la idea. El uno se sacrifica por todas las causas nobles; el otro sólo entra con entusiasmo en un asunto cuando vislumbra positivistas resultados. Don Quijote, grande siempre, noble siempre, todo corazon, todo hidalguía, todo benignidad, todo grandeza, sabrá arrostrar el ridículo por hacer el bien: Sancho Panza, egoista, ignorante, raquítico, sin ver por otro prisma sino por el del positivismo, materialista, todo miseria, todo bellaquería, todo malicia, no se deja guiar más que por el instinto grosero de las pasiones. Sancho Panza excita siempre la risa; Don Quijote, la compasion. El uno se hace acreedor á nuestros elogios por su valor heróico, por su gallardía, por su decision y por su desprendimiento; el otro merece nuestros anatemas por su egoismo, desconfianza, acciones vulgares é ignorancia.

Con verdaderos y vivos colores pinta Cervántes en este capítulo esa lucha de la vida entre el positivismo grosero y las ideas sublimes, que será eterna en el mundo, por más que las épocas, la civilizacion, los progresos determinados de una nacion ó pueblo, la modifiquen ó la hagan ménos sensible y brusca, egoista y miserable.

Sancho Panza no quiere más que gozar, comer, beber, dormir, figurar, adquirir bienes, tener representacion social: lo demás poco le importa. D. Quijote es el reverso y la antítesis de semejante grosero carácter. Por eso vemos que el cuidado del uno en cuanto llega á la majada de los pastores es procurarse buena cena, buen vino y buena cama, en tanto que el otro se contenta con lo que le ofrecen, y en vez de entretenerse con encomios innecesarios ó infructuosos lo que hace es pronunciar la arenga más hermosa que jamás tal vez se haya pronunciado en elogio de la edad dorada.

Para el noble, para el valeroso, para el heróico caballero de la Mancha, para el que se propuso concluir con todos los desafueros sociales, para el que se figuraba formar parte de aquella institucion gloriosa que en sus buenos tiempos tuvo por lemas la defensa de las doncellas, el amparo de las viudas y el socorro de los huérfanos y menesterosos, no habia felicidad posible ni dicha comparable á aquella de que los hombres gozaban en la edad de oro, cuando, alejadas las pasiones, muertos los vicios,

triunfante la justicia, predominante la alteza de sentimientos, respetada la verdad, llena de virtudes la tierra, por todas partes imperaban la ventura y el regocijo, el cariño y la paz, la dulzura y el contentamiento.

En defecto de aquellas costumbres, virtud y perfecciones, queria D. Quijote encarecer por lo ménos la conveniencia de sus, aunque lejanas, semejanzas. ¿Qué cosa más noble que volver por los hollados derechos de los huérfanos, de las mujeres, de los débiles y de los desgraciados? ¿Pero qué entendian de estas arengas y de estas elevadas reflexiones ni los cabreros ni Sancho Panza? Harto hacian con saber comer, beber y dormir, ya que no burlarse de las reflexiones y talento del hidalgo. Por eso Sancho Panza suplicaba á su señor que no prosiguiese en su comenzada arenga, puesto que era preciso que las personas que le escuchaban se entregasen al reposo.

¡Tal es el mundo! ¡Tal es la miseria de la vida! ¡Tal es la alegoría que en este capítulo y en los anteriores nos ofrece delicada y hermosamente Cervántes! ¿Qué le importa á la generalidad del mundo que haya algunas individualidades que prediquen la paz, la virtud y la abnegacion? El mundo en su mayoría es egoista, falso, ingrato, desagradecido, burlon, desconfiado, malicioso, ruin, ignorante ó vanidoso, y dice: ¡qué nos importan tales sermones ni advertencias! Sigamos en nuestro positivismo: comamos, bebamos, durmamos, gocemos! ¿Qué nos importa lo demás? Se nos preconiza y se nos encarece otra cosa y otros principios. Eso es un idealismo despreciable y los que lo propagan unos ilusos, unos locos ó unos ignorantes!

La idea, la verdad, la virtud, la honestidad, la elevacion de pensamientos,—se nos dirá—siempre triunfan de las miserias y asechanzas del positivismo. Muy cierto; pero cuánto no ha costado ese triunfo ántes, cuánto no cuesta ahora, y cuánto no costará siempre!! Sí: casi siempre triunfan las ideas sublimes sobre el positivismo grosero; mas ¿no es siempre á costa y en cambio de burlas, de sarcarmos y áun de sangre?...

CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote.

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traian de la aldea el bastimento, y dijo: ¿sabeis lo que pasa en el lugar, compañeros? Cómo lo podemos saber, respondió uno de ellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dijo uno. Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pié de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque segun es fama (y él dicen que lo dijo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas, tales que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver, á lo ménos yo no dejaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al Lugar. Todos haremos lo mismo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos (1), aunque no será menester usar de esa diligencia,

(1) Las palabras *uno de ellos* no están en las primeras ediciones, pero la Academia las añadió para dar claridad al texto, y su variante ha sido seguida despues y nosotros no tenemos inconveniente en aceptarla.

que yo me quedaré por todos; y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro dia me pasó este pié. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y Don Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquel, y qué pastora era aquella. A lo cual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el oscurecerse esos dos luminares mayores, dijo Don Quijote. Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: asimismo adivinaba cuando habia de ser el año abundante ó estil. Estéril querreis decir, amigo, dijo Don Quijote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que decia, se hicieron su padre y sus amigos que le daban crédito muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba, diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo; en éste podeis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla (1) de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota. Esa ciencia se llama *Astrología*, dijo Don Quijote. No sé yo como se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabia, y áun más. Finalmente no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor con su cayado (2) y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traia, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo el difunto, fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo (3). Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que

(1) Abundancia, exceso.

(2) *Con su ganado y pellico* han puesto algunas ediciones de la Academia.

(3) Que eran excelentes é inmejorables.

les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto (1), y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender, que el haberse mudado de traje no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denántes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quién es esta rapaza; quizá y áun sin quizá no habreis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais más años que sarna. Decid Sarra, replicó Don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro, y si es, señor, que me habeis de andar zahiriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año. Perdonad amigo, dijo Don Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dije; pero vos respondísteis muy bien, porque vive más sarna que Sarra; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada. Digo, pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aún más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aquella cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tio suyo sacerdote, y Beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija; y así fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los más quedaban enamora-

(1) Absoluto, único, exclusivo.

dos y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores de ellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por mujer. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la veia de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y granjería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote: que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura; y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien de él, especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dijo Don Quijote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás sabreis que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por mujer la pedian, rogándole que se casase, y escogiese á su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con éstas que daba, al parecer justas excusas, dejaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo más en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su volundad. Pero hételo aquí, quando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora; y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dió en guardar su mismo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuantos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta, y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio ni por semejas, que venga en menos-

cabo de su honestidad y recato; ántes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera de ellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace más daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan, á servirla y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á éste semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan; y si aquí estuviérais, señor, algun dia, veriais resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy léjos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol, como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol á la mañana, y cuál hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo, y de éste y de aquel, y de aquellos y de éstos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es la que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está de este lugar á aquel donde manda enterrarse media legua. En cuidado me lo ten-

go, dijo Don Quijote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. Oh! replicó el cabrero, aún no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos (1) en el camino algun pastor que nos lo dijese; y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo más de la noche se la pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces (2).

(1) Hallásemos.

(2) Esta gracia, este chiste y esta naturalidad con que Cerváutes lo trata todo es inimitable, y no tiene semejanza en la literatura de su siglo.

CAPÍTULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela con otros sucesos.

Mas apénas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del Oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á Don Quijote, y á decirle si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua cuando al cruzar de una senda vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano; venian con ellos asimismo dos gentiles hombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero le dijo: paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo, y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles Don Quijote qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado (1) con aquellos

(1) *Entrado* dice la edicion príncipe. Es una de las contadas variantes oportunas de la Academia.

pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera: que uno de ellos se lo contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban (1), con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que Pedro á Don Quijote habia contado. Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quijote, qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. Á lo cual respondió Don Quijote: la profesion de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas, sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apénas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco, y por averiguarlo más, y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo, qué queria decir caballeros andantes. ¿No han vuestras mercedes leido, respondió Don Quijote, los anales é historias de Inglaterra donde se tratan las famosas hazañas del rey Arturo, que continuamente en nuestro romance castellado llamamos el rey Artús, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro, á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á éste haya ningun inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen rey fué instituida aquella famosa órden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de Don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera de ellos y sabedora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España de

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote,
Cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos

(1) La palabra *recuestar* es anticuada. Significa aquí *solicitar*, *pretender*, *querer*, etc.

y fuertes fechos. Pues desde entónces, de mano en mano fué aquella órden de caballeria extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo, y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vimos y comunicamos y oimos al invencible y valeroso caballero Don Belianis de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho, es la órden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo, y así me voy por estas soledades y despoblados, buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la más peligrosa que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones, que dijo, acabaron de enterarse los caminantes que era Don Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiracion que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento de ella. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba para llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase más adelante con sus disparates. Y así le dijo: paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que áun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro Don Quijote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si va á decir verdad, no hace ménos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mismo capitan que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra. y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las á ellas tocantes y concernientes, no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profe-

san, tienen sin duda mayor trabajo, que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso: sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor; y que si á los que á tal grado subieron, les faltaran encantadores y sabios que les ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometerla se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; ántes, se encomiendan á sus damas, con tanta gana y devocion como si ellas fueran su Dios; cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió Don Quijote, eso no puede ser ménos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciere; que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante, que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete: y áun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazon se le encomiende, y de esto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios; que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es, que muchas veces he leido que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo, y luego sin más ni más, á todo el correr de ellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo,

pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo: y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra: mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano: cuanto más, que yo tengo para mí, que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió Don Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al Cielo tener estrellas, y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladron. Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leido que Don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto, no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero. A lo cual respondió nuestro Don Quijote: señor, una golondrina sola no hace verano: cuánto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer á todas bien, cuantas bien le parecian, era condicion natural á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro Don Quijote, y dijo: yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó nó de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su

nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo ménos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana cubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linaje, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Vivaldo. Á lo cual respondió Don Quijote: no es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos; ni de los modernos Colonas y Ursinos; ni de los Moncadas, y Requesenes, de Cataluña; ni ménos de los Rebellas, y Villanovas, de Valencia; Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces, y Gurreas, de Aragon; Cerdas, Manriques, Mendozas, y Guzmanes, de Castilla; Alencastro, Pallas, y Meneses, de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos; y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pié del trofeo de las armas de Orlando, que decia: *Nadie las mueva que estar no pueda con Roldan á prueba*. Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha; puesto que (1) para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Como eso no habrá llegado, replicó Don Quijote. Con gran atencion iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y áun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quijote. Solo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamás á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban

(1) Ya hemos dicho anteriormente que esta locucion significa: *aunque*.

hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que, á lo que despues pareció, eran cuál de tejo y cuál de ciprés. Entre seis de ellos traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual, visto por uno de los cabreros, dijo: aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pié de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se dieron prisa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro de ellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego Don Quijote y los que con él venian se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron, cubierto de flores, un cuerpo muerto, vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor de él tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados; y así los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demás que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trajeron dijo al otro: mira bien, Ambrosio, si es éste el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. Éste es, respondió Ambrosio; que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él, que vió por vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida: y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á Don Quijote, y á los caminantes, prosiguió diciendo: ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la so-

ledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano (1) dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; ántes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos la historia de este vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así de curiosidad y de lástima dejamos nuestro derecho viaje y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oirlo, y en pago de esta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remediarla si pudiéramos, te rogamos, oh discreto Ambrosio, á lo ménos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos de ellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que más cerca estaban: viendo lo cual Ambrosio, dijo: por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de

---

(1) Frase muy oportuna para nombrar á Virgilio, el insigne autor de *La Eneida*.

quemar (1) los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego él uno de ellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada.* Oyólo Ambrosio, y dijo: ese es el último papel que escribió el desdichado, y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras leedle de modo que seais oido; que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo: y como todos los circunstantes tenian el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.

---

(1) *De abrigar los que quedan*, dice la primera edicion.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, crüel, que se publique
De lengua en lengua, y de una y otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oido
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale y tu despecho.
El rugir (1) del leon; del lobo fiero
El temeroso aullido; el silbo horrendo
De escamosa serpiente; el espantable
Baladro de algun monstruo; el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable;
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar; el triste canto
Del enviudado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,

(1) *El rigor del leon*, dice la edicion primera. Muy aceptable en este lugar la variante de la Academia.

Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena crüel que en mí se halla,
Para contarla pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas;
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas,
Ó ya en oscuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamás mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el libre llano;
Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desden; atierra la paciencia
Ó verdadera ó falsa una sospecha;
Matan los celos con rigor mas fuerte;
Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte;
En todo hay cierta (1) inevitable muerte;
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Celoso, ausente, desdeñado y cierto
De las sospechas que me tienen muerto:
Y en el olvido en quien mi fuego avivo,
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza;
No yo desesperado la procuro;
Antes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
¿Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el duro celo está delante,
De cerrar estos ojos si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
A la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas

(1) La primera edicion pone por error de caja:
En todo hay *cuenta* inevitable muerte.

¡Oh, amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Oh, en el reino de amor fieros tiranos,
Celos! ponedme un hierro en estas manos;
Dame, desden, una torcida soga;
¡Mas ay de mí! que con crüel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es más libre el alma más rendida
A la de amor antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que en fe de los males que nos hace
Amor su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
A que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
Tú, que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza á que la haga
A la cansada vida que aborrezco;
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De cómo alegre á tu rigor me ofrezco,
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tu bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.
Ántes, con risa en la ocasion funesta,
Descubre que el fin mio fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte de esto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitre, y asimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten exequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue áun la mortaja.

Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil monstros
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
Cancion desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumentas su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela: á lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los más escondidos pensamientos de su amigo: para que, señor, os satisfagais de esa duda, es bien que sepais que cuando este desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien él se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros: y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela; la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo, y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habian visto la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron ménos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apénas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado, le dijo: ¿vienes á ver por ventura, oh fiero basilisco de estas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas de este miserable á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro

despiadado Neron el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que más gustas; que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que áun él muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, oh Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así ruego á todos los que aquí estais me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras, para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais, decis y áun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo, que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso, á amar á quien le ama: y más, que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cual habian de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos; y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decis que me quereis bien? Si nó, decidme, ¿si como el Cielo me hizo hermosa me hiciera fea fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amáseis? Cuanto más que habeis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el Cielo me la dió de gracia, sin yo pedirla ni escogerla: y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado

ó como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales, el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y, para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos: los árboles de estas montañas son mi compañía; las claras aguas de estos arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta léjos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno el fin de ninguno de ellos, bien se puede decir, que ántes le mató su porfía que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo, que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza, y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa: si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado; desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El Cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elecion, es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho, y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y

mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborezco á nadie; no engaño á éste, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas de estas aldeas, y el cuidado de mis cabras, me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir repuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discrecion como de su hermosura, á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual, visto por Don Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces dijo: ninguna persona, de cualquier estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; á cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. Ó ya que fuese por las amenazas de Don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que,

segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir de esta manera:

Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
De una esquiva hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron de él. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entónces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle más, sino tornándose á despedir de nuevo, le dejaron, y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo como de las locuras de Don Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso de esta verdadera historia, dando aquí fin la Segunda parte.

COMENTARIO.

En los tres capítulos precedentes se narra un suceso amoroso que, tal vez, muchos lo conceptúan superfluo en la historia del Héroe manchego. Pero bueno es advertir que los que tal cosa opinan ó juzguen se equivocan por completo. Nada hay superfluo ni ocioso en *El Quijote*. Cervántes tenia muy gran talento, y comprendia cuán conveniente era dar variedad al contexto de su fábula. Por eso de vez en cuando menciona ó narra sucesos que

parecen ajenos á su propósito, pero que no lo son más que aparentemente, pues en el fin tienen la misma tendencia moralizadora, elevada, discreta que los demás pasajes de la obra.

Aparte de la enseñanza de buen gusto literario que de estos capítulos se desprende, donde se ponen los elegantes y hermosos trozos de elocuencia castellana, pronunciados por Ambrosio y Marcela, les realza además la siempre encantadora grandeza que en la conducta de Don Quijote se nota.

Enamorado el Manchego Hidalgo siempre de la alteza de sentimientos y de la sinceridad, y de la verdad, y de lo acendrado del amor, siente la muerte de Grisóstomo, y asiste por obligacion y áun por deber imprescindible á su entierro. Él era tan puro en sus amores como Grisóstomo, y sin embargo tan desdichado, por más que entre uno y otro hubiese notable diferencia, pues al uno le enagenaba la beldad de su señora hasta el punto de cometer inconveniencias, y al otro le causaba la muerte, por ser desatendido y olvidado. Don Quijote veia en aquello una excepcion de la regla general del positivismo, y eso le causaba sensacion.

Pero eso no le impedia de conocer que la bella Marcela era árbitra para proceder como su libérrima voluntad le prescribiese: que no creia justo Don Quijote que las voluntades, y más en amor, hubieran de supeditarse, sino desearlas, suplicarlas, hacerlas ruegos, sin recurrir en modo alguno á lo perjudicial é inconveniente. Cuando Marcela se aparece, cuando confiesa su aversion al matrimonio, cuando manifiesta que no amará á ninguno por eleccion ni por destino, cuando demuestra la sinceridad de su corazon, ¿qué mucho que Don Quijote la defienda, y que trate de impedir que se la persiga y se la ultraje?

Don Quijote, por más que hubiese sido desventurado, áun platónicamente en amores, era justo, y no podia consentir que se persiguiese á quien con sinceridad manifestaba sus opiniones.

Siempre nos lo ofrece tan noble Cervántes: ¡siempre encomiando, enalteciendo, sublimando la virtud, la verdad, la sinceridad, el amor puro, y no el egoista, el puramente material ó el interesado!

Por eso hemos dicho ántes que todo en *El Quijote* enseña y deleita. Su crítica es universal, y todo lo abarca: ¡costumbres, leyes, derechos, cosas usuales de la vida y grandes enseñanzas sociales! ¡Qué talento el de Cervántes!

NOTAS.

La *Cancion de Grisóstomo*, que se acaba de leer en el capítulo que anotamos, ha sufrido algunas modificaciones. Nosotros, siguiendo siempre la línea de conducta que desde el principio nos propusimos, no hacemos ni tantas ni tan inútiles alteraciones como en otras ediciones se han efectuado: sólo introducimos aquellas indispensables variantes que la lectura atenta del texto y la discreta reflexion han aconsejado.

Esto nos ha movido á dejar *enviudado buho*, como pone discretamente la edicion de la Academia, de Rios, en el verso 26 de la *Cancion*, y no hemos conservado la leccion de la edicion de 1605, donde dice *envidiado buho*, que es una equivocacion manifiesta. El haber procedido así, nos evita tener que escribir nota tan laberíntica é inoportuna como la que sobre el particular escribió el Sr. Ochoa para la edicion de Nueva-York de 1860. Dejando *envidiado*, quedaria oscuro y hasta incomprensible el texto: admitiendo, como es justo, la alteracion hecha, queda llano y comprensible y al alcance de todos.

*

El verso que dice:

De fieras que alimenta el libre llano,

tiene diversas lecciones en las ediciones. Unas ponen: *Nilo llano;* otras: *Libio llano;* algunas: *Libre llano;* y la edicion príncipe:

De fieras que alimenta el libro llano.

Esta última leccion es evidentemente errónea; y han estado muy oportunos los que han aceptado la variante de *libre llano*, que expresa perfectamente el pensamiento, y que nosotros hemos seguido por discreta y muy razonada. No son acertadas, á nuestro juicio, las variantes de *Nilo llano* y de *Libio llano*, que debieran olvidarse por completo para no repetirlas en sucesivas ediciones.

*

Las otras dos alteraciones hechas en la *Cancion de Grisóstomo*, y que hemos seguido, son tan necesarias é imprescindibles, que

no hay para qué detenerse á persuadirlo. (Véanse las variantes puestas al pié de las páginas 100 y 101 de este tomo.)

⁂

Recientemente se ha publicado un curioso libro cervántico (1) del erudito y castizo escritor D. Adolfo de Castro, en el que se pone una copia de la *Cancion de Grisóstomo*, tal como se lee en un manuscrito de la Biblioteca Colombina de Sevilla. El códice ofrece muchas variaciones, y el Sr. Castro opina que tal como allí está la *Cancion* la escribió Cervántes, y nó como se publicó. No estamos conformes con tal aseveracion, porque carece de fundamento. Nada demuestra que, tal como nos la ofrece el manuscrito de la Biblioteca sevillana, saliese la *Cancion* de la pluma de Cervántes. En tanto, perfectamente puede conjeturarse que el códice de la Colombina no es más que una copia que sacó algun curioso ó algun amigo de transcribir caligráficamente los trabajos ajenos. Pudo muy bien copiar la *Cancion* de la misma edicion príncipe ó de otra sucesiva, y variarla á su capricho ó cometer equivocaciones y alteraciones por negligencia ó por ignorancia. Áun admitiendo que la composicion la escribiera Cervántes tal como está en la Colombina, no por eso debe servir de modelo para lo sucesivo, pues que el mismo Cervántes no la mandó á los moldes tal como ántes la escribió, sino como le plugo variarla ó modificarla al estampar en 1605 su *Quijote*. La lógica persuade, pues, que no se debe seguir la leccion del códice de Sevilla, sino el de la edicion príncipe, con las cuatro variantes que prudentemente se han admitido. Sea esto dicho sin ofensa de un escritor y crítico tan ilustre, y cuyos trabajos tanto hemos elogiado siempre.

⁂

Un distinguido cervantista español, residente en los Estados-Unidos, D. Arturo Cuyás Armengol, ha publicado un curiosísimo trabajo, hace poco tiempo, dando cuenta de que el autor de la *Historia de la Literatura Española*, Mr. George Tiknor, ha donado á la Biblioteca de Boston la rica coleccion de libros españoles que habia reunido en vida. Entre ellos se encuentran ejemplares curiosísimos de obras cervánticas, algunas notas, y breves comentarios inéditos de tan erudito crítico.

Al comentar el Sr. Tiknor el capítulo XIV dice que la *Cancion de Grisóstomo* es de mal gusto, y el discurso de Marcela peor

(1) Varias obras inéditas de Cervántes. Páginas 177 á 185.

todavía. Creemos que hay demasiada severidad, por no decir exageracion, al emitir tal juicio.

No diremos nosotros que la *Cancion de Grisóstomo* es buena, sino por el contrario, que es mediana; pero no convendremos nunca en que es mala, ni mucho ménos en que el discurso de Marcela es de malísimo gusto. ¿Por qué es de malísimo gusto el discurso de Marcela? Eso es lo que no dice el Sr. Tiknor, y por lo mismo no puede dársele asentimiento.

La mejor prueba y argumento contra la gratuita y no fundada ni explicable opinion del escritor anglo-americano, se halla en la lectura misma, detenida y reflexiva, del capítulo, y particularmente del trozo que se censura. Vese allí una elegancia en la frase, una armonía en los periodos, un enlace de ideas tan bellas, un encanto tan hermoso en todo el contexto de la defensa hecha por Marcela, que desde luego se deleita el ánimo ante modelo de elocuencia, galanura y gracia tan preciado.

El Sr. Tiknor, cuya memoria nosotros veneramos tanto, ha emitido, como extranjero, muchos juicios injustos y no bastante razonados sobre nuestra literatura; y no era el escritor anglo-americano el más oportuno juez para apreciar las bellezas del capítulo que anotamos, sino los escritores y críticos nacionales, que hablan y escriben en el mismo idioma de Cervántes, y que conocen, perciben y saborean sus más imperceptibles gracias, excelencias y perfecciones.

TERCERA (1) PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados Yangüeses. (2)

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como Don Quijote se despidió de sus huespedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas (3) á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan

(1) Por la misma razon que dimos al empezar la *Segunda parte*, ponemos al comenzar el capítulo presente: *Tercera parte*. Queremos que en todo lo posible conserve nuestra edicion, la más correcta que se ha hecho, la pureza del texto primitivo.

(2) Debiera decir: *Desalmados gallegos*. El por qué lo decimos en otra observacion.

(3) Echar sueltas, vale tanto como echar trabas, ó atar las manos de las caballerías.

poco rijoso (1), que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de jacas galicianas (2) de unos arrieros gallegos (3), de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse Don Quijote era muy á propósito de los gallegos (4). Sucedió, pues, que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras jacas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotico algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció, debian de tener más gana de pacer que de al (5), recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que el debió más de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto Don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban hijadeando, y dijo Don Quijote á Sancho: á lo que yo veo, amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea: dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de

(1) La Academia dice en su Diccionario que «caballo *rijoso* se llama al que en presencia de yeguas se altera.» Rocinante no padecia de tales afanes libidinosos.

(2) Jacas gallegas.

(3) *De unos arrieros yangüeses* han puesto las ediciones de la Academia, y así lo han copiado maquinalmente la ediciones de particulares. No sabemos por qué haria tal variacion la Academia. Para hacer alguna en este capítulo (que nosotros no nos atrevemos á introducir), seria mejor haber empezado por variar el epígrafe del capítulo. Donde dice: *con unos desalmados yangüeses*, pudiera haberse puesto: *con unos desalmados gallegos.*

No sabemos por qué la Real Academia introdujo tan repetida variacion. Para haber alterado arbitrariamente el texto cuatro ó cinco veces, creemos que hubiera sido mejor corregir la errata de yangüeses en el encabezamiento; porque más bien pudieron equivocarse los cajistas en un solo lugar, y más bien pudo escaparse la errata al autor en un solo lugar tambien, que en cuatro ó cinco lugares del capítulo.

(4) Repetimos lo dicho ántes.

(5) Quiere decir: más gana de pacer que de otra cosa. *Al* es frase anticuada, que significa *otra cosa.*

nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si éstos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y áun quizá nosotros, sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó Don Quijote, y sin hacer más discursos echó mano á su espada y arremitió á los gallegos (1), y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió Don Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los gallegos que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia: verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante, que aún no se habia levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo, pues, los gallegos el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: ¡señor Don Quijote! ¡ah señor Don Quijote! ¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió Don Quijote, con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si posible fuese, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á manos; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aquí, ¡desgraciado yo! ¿qué nos faltaba? respondió Don Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que ántes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los piés? replicó Sancho Panza. De mí sé decir, dijo el molido caballero Don Quijote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de

---

(1) Excusamos repetir las observaciones anteriores ahora y en todos los demás pasajes que se ofrezcan. Nos remitimos á lo dicho ya.

todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo; y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diese este castigo: por lo cual, Sancho Panza (1), conviene que estés advertido en esto que ahora te diré; porque importa mucho á la salud de entrambos, y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y defenderlos con todo mi poder; que ya habrás visto por mil señales y experiencias, hasta adónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó de arrojante el pobre señor con el vencimiento del valiente Vizcaino! Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer é hijos que sustentar y criar: así que, séale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada, ni contra villano, ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin exceptuar estado ni condicion alguna. Lo cual, oido por su amo, le respondió: quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Insulas que te tengo prometida, ¿qué seria de tí, si ganándola yo, te hiciese señor de ella? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío; porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de

(1) Hermano Sancho, dicen por equivocacion las ediciones de la Academia, porque no creemos que hubiera el pensamiento de enmendar la plana á Cervántes.

parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura: y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento. En éste que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimento: jamás tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aún las tuyas, Sancho, replicó Don Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sinabafas (1) y holandas, claro está que sentirán más el dolor de esta desgracia, y si no fuese porque imagino (¿qué digo imagino?) sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaria morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sábete, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni ménos está en potencia propincua (2) de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la ex-

---

(1) Tela fina y delgada. Para saberlo hay que recurrir á Diccionarios antiguos. Los de la Academia no incluyen esta frase. ¿Para qué? ¿qué falta hace? Que cada uno se la explique como le parezca, habrán dicho los prudentes Académicos.

(2) *En potencia propincua*, frase muy usada ántes por los buenos hablistas, y hoy por los más castizos, vale tanto como *cercano, próximo á*.

periencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia; y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron ántes y despues en diversas calamidades y miserias; porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus, el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una columna de un patio; y áun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice, que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los piés en un cierto castillo, al caer se halló en una honda sima debajo de tierra atado de piés y manos, y allí le echaron una de estas que llaman melecinas (1) de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo (2), y si no fuera socorrido en aquella gran cuita, de un sabio, grande amigo suyo, lo papasara muy mal el pobre caballero: así que, bien puedo yo pasar entre tanta buena gente; que mayores afrentas son las que estos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos; porque quiero hacerte sabedor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos; y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses que, puesto que quedamos de esta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacaron no eran otras que sus estacas, y ninguno de ellos á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal. No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apénas puse mano á mi tizona (3), cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los piés, dando conmigo adonde ahora yazgo y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó nó lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quijote, que no hay me-

(1) Lavativas.
(2) Quiere decir: De lo que estuvo á punto de morir.
(3) Significa tanto como espada.

moria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no le consuma. ¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, que aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aún no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déjate de eso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quijote, que así haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte de esta desgracia. No hay de qué maravillarse de eso, respondió Sancho, siendo él tan buen caballo andante (1): de lo que yo me maravillo es, de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo Don Quijote: dígolo, porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo donde sea curado de mis heridas. Y más, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre Dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será, que él debia de ir caballero, como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravesado como costal de basura. Á lo cual respondió Don Quijote: las feridas que se reciben en las batallas, ántes dan honra que la quitan: así que, Panza amigo, no me repliques más, sino como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que más te agradare, encima de tu jumento, y vamos de aquí ántes que la noche venga y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dijo Don Quijote, cuando no pueden más, ó cuando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del

---

(1) *Tambien caballero andante* han puesto todas las ediciones. La edicion príncipe dice: *tan buen caballero andante.* Creemos que hay aquí un error de caja de consideracion, y lo corregimos. Las personas discretas convendrán en dejar el texto tal como lo ofrecemos.

Cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno de estos fué Amadis, cuando llamándose Beltenebros se alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años, ú ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana; pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba ántes que suceda otra desgracia al jumento, como á Rocinante. Aun ahí seria el diablo, dijo Sancho, y despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo, aparejó su asno, que tambien habia andado algo distraido con la demasiada libertad de aquel dia: levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á Don Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro se encaminó poco más ó ménos hácia donde le pareció que podia estar el camino real; y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aún no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta que á pesar suyo y gusto de Don Quijote habia de ser castillo: porfiaba Sancho que era venta, y su amo que nó, sino castillo, y tanto duró la porfía que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin más averiguacion con toda su recua.

CAPÍTULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á Don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por mujer á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa. y se dolia de las calamidades de sus prójimos; y así acudió luego á curar á Don Quijote, é hizo que una hija suya, doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huesped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es, que la gallardía del cuerpo suplia las demás faltas: no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil (1) moza, pues, ayudó á la doncella; y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quijote en un camaranchon (2) que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de Don Quijote, que sólo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques (3), que á no mos-

(1) Ya hemos dicho en otro capítulo los diversos significados de este adjetivo. Allí remitimos al lector.

(2) Camaranchon, segun dice el Diccionario de la Academia, es el desvan de la casa ó lo más alto de ella, donde se suelen guardar trastos viejos.

(3) Pelotas ó bolas.

trar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada (1), cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana: y como al bizmarle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quijote, dijo que aquello más parecian golpes que caida. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dijo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿De esa manera, respondió la ventera, tambien debísteis vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mi el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos ménos cardenales que mi señor Don Quijote. ¿Como se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero y de los mejores y más fuertes, que de luengos (2) tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y Emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. ¿Pues como vos, siéndolo de este tan buen señor, dijo la ventera, no teneis, á lo que parece, siquiera algun condado? Aún es temprano, respondió Sancho, porque no ha si no un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal

(1) Manta para camas.
(2) Que de largos, que de muchos tiempos acá, etc., etc.

vez hay que se busca una cosa, y se halla otra: verdad es, que si mi señor Don Quijote sana de esta herida ó caida y yo no quedo contrecho de ella, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece, pero mi escudero os dirá quién soy: sólo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habeis fecho para agradecéroslo miéntras la vida me durare: y plugiera á los altos Cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los de esta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego; aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle, y admirábanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no ménos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huespedes, y durmiendo sus amos, le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase de esta buena moza, que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decia ella, que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo; y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que sólo contenia una estera de enea, y una manta que ántes mostraba ser de angeo (1) tundido que de lana: sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios.

(1) El angeo es un lienzo de estopa bastante basto.

gordos (1) y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor de esta historia, que de este arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y áun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso, y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio: de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apénas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia, ó ingnorancia, lo más sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas* ¡y con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas; y Don Quijote, con el dolor de las suyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trajo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fué, que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se habia enamorado de él, y prometido que aquella noche á hurto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera, que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar, y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma Reina Ginebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante. Pensando Dulcinea, pues, en estos disparates se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual

(1) Muy gordos, dice alguna edicion de la Academia por equivocacion.

en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan (1), con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero; pero apénas llegó á la puerta, cuando Don Quijote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus bizmas, y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su hermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido: topó con los brazos de Don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera (2), á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal (3). Traia en las muñecas unas cuentas de vidro, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol oscurecia; y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente, él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo, que lo que habia leido en sus libros de la otra Princesa, que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos: y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; ántes le parecia que tenia entre sus brazos á la Diosa de la hermosura; y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja, le comenzó á decir: quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yazgo tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y más que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos: que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar

(1) Cofia ó redecilla de algodon.
(2) Tejido muy basto, generalmente de estopa.
(3) Sábese que el cendal es una tela muy preciada de seda ó lino.

en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despiertos sus malos deseos, desde el punto que entró su coima (1) por la puerta, la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decia, y celoso de que la Asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de Don Quijote, y estúvose quedo, hasta ver en qué paraban aquellas razones, que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los piés más que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces, no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fué hácia donde habia sentido la pelaza (2). La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alboratada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aún dormia, y allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿adónde estás, puta? Á buen seguro que son tus cosas éstas (3). En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuantas á Maritornes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño; el cual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quien, al-

(1) Querida, manceba. Esta acepcion tiene dicha palabra en el texto. El Diccionario de la Academia dice que significa *mujer mundana;* definicion imperfecta, como casi todas las suyas.

(2) *Pelaza*, tanto vale como riña, pendencia, disension, tiberio, que ahora decimos.

(3) *Tres cosas estas*, dice la edicion príncipe. Muy oportuna la variante de la Academia, siguiendo la enmienda de Cuesta en sus ediciones despues de 1605.

zándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo (1). Viendo, pues, el arriero á la lumbre del candil del ventero cuál andaba su dama, dejando á Don Quijote, acudió á darle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse, el gato al rato (2), el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta prisa, que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á oscuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que do quiera que ponian la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á oscuras en el aposento, diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la santa Hermandad; y el primero con quien topó fué con el apuñeado de Don Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba, sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas no cesaba de decir: ¡favor á la justicia!; pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta; miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento; el arriero á sus enjalmas; la moza á su rancho: solos los desventurados Don Quijote y Sancho, no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de Don Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender á los delicuentes; mas no la halló, porque el ventero, de industria, habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

---

(1) Este capítulo, áun como escrito humorístico, es el más perfecto dechado que nos ofrece nuestra literatura clásica.

(2) Raton.

COMENTARIO.

Los dos capítulos que se acaban de leer son tan notables como interesantes. El décimo quinto lo ofreceríamos nosotros siempre como modelo de perfectos diálogos: el décimo sexto como complemento de galanura, donosura y gracia.

La literatura del siglo de Cervántes no presenta nada semejante. En aquel tiempo no se habia dado todavia ejemplo de una belleza tan encantadora en el diálogo, ni mucho tiempo despues, como la que el ilustre Manco emplea en su obra príncipe y en sus demás producciones. Él, sin embargo, lo manejaba con una facilidad tan grande, que entusiasma y deleita, regocija y aplace. Ese diálogo, sostenido siempre á la altura de su erudicion, de su posicion y de su saber por Don Quijote, y tan lleno de chiste, de originalidad y deleite en Sancho, sólo podia producirlo en su época el tan perseguido cuanto sabio autor de *El Quijote.*

¡Qué verdad atesora aquel principio del Hidalgo de que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar las cosas y volver, como dicen, á probar ventura! ¡Qué gracia no revela aquel arranque de Sancho, en el que, confesando su inutilidad, dice: ¿qué diablos de venganza hemos de tomar, si éstos (los gallegos) son más de veinte, y nosotros no más de dos, y áun quizá nosotros sino uno y medio? ¡Qué oportunidad y qué discrecion en todos los pasajes del capítulo!

Algo libres creerán algunos que son aquellos del capítulo XVI, donde los lances de Maritornes y las desdichas de Don Quijote se relatan; pero no hay que juzgar á Cervántes con demasiada severidad, por lo mismo que muchos autores, sus contemporáneos, no sólo relataron sucesos análogos de esa manera, sino de modos algo más repelentes y reprensivos.

Indudablemente que el caso de la Maritornes y del arriero de Arévalo es inmoral; pero Cervántes hace que tenga su correctivo en la novela, y la inmoralidad queda castigada.

Si sufren injustamente Don Quijote y Sancho en esta representacion del mal, no es de extrañar, pues ese es el mundo y lo que se espera siempre de las pequeñeces de la vida.

En medio de toda esta enseñanza que se desprende del capítulo y pasaje que anotamos, ¡qué gracia más hermosa en los relatos y episodios! La llegada de la Maritornes al camaranchon; los desvelos del arriero; el ensueño amoroso de Don Quijote; la lid demasiado pesada de Sancho; las puñadas del confiado amante; la aparicion del cuadrillero y del dueño de la venta, y todo lo demás que en el referido lance se refiere, ¿quién no lo repasa siempre con delectacion y con placer señaladísimo?

Moral, literaria ó filosóficamente que se analicen los dos anteriores capítulos, siempre serán dignos de la atencion y de los encomios de las personas ilustradas.

NOTAS.

En el capítulo XV se habla de Sileno, ayo y pedagogo del alegre Dios de la risa. El Dios de la risa es Baco, hijo de Júpiter y Semele. La historia de Baco es bien conocida, y por lo mismo nos excusamos de recordarla. Cualquier tratado de Mitologia la contiene. Es el Dios de los beodos y de la gente alegre.

La ciudad de las cien puertas recuérdese que es Tébas.

*

Donde dice Sancho en el capítulo XVI que *caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador*, creia un comentador, por otra parte muy benemérito, que debia sustituirse la frase *palabras* por la de *paletas*. Opinamos que esa variante en el texto, ese prurito de alambicar tanto *El Quijote*, y buscar rodeos para pretender expresar mejor que Cervántes lo que el gran escritor quiso decir llana y sencillamente, es un sistema crítico que sólo puede producir resultados lamentables y negativos.

El vocablo *paletas*, ó, mejor dicho, la expresion familiar de *en*

dos paletas, que significa *brevemente, en un instante*, no está tan generalizada ni lo estuvo como la de *en dos palabras*, que expresa lo que se verifica, hace ó dice con una presteza y brevedad portentosas. Ninguna expresion aclara más perfectamente la de que nos ocupamos que estotra: «en un abrir y cerrar de ojos.» Dejemos á un lado lo de *en dos paletas*.

⁂

El decano de los literatos comtemporáneos, Excmo. Sr. Don Juan Eugenio Hartzenbusch, en sus *Notas* á la edicion foto-tipográfica de Barcelona, de la cual ha sido Director el insigne cervantista barcelonés D. Francisco Lopez Fábra, observa en la 241 que se debia poner un punto final despues de donde dice en el capítulo XVI: «su fermosa doncella.» Y continuar el texto de este modo: «La Asturiana Maritornes, que iba buscando á su querido, topó con los brazos de D. Quijote.» De buen grado aceptariamos la alteracion ortográfica, si la creyéramos de interés; pero entendemos que el texto no debe modificarse aquí en lo más mínimo. Don Quijote podia creer que recibia en sus brazos á la Diosa de la hermosura; pero á la que recibió fué á su *fermosa* doncella la Asturiana.

⁂

Cree tambien el Sr. Hartzenbusch que se debe decir, nó *de la misma traza y modo*, como ponen todas las ediciones, sino *de la misma traza y modelo*.

Asimismo opina que no se debe decir que el *arriero se fué llegando más al lecho de D. Quijote*, sino que *el arriero se fué llegando paso (quedito) al lecho*, porque objeta el ilustre crítico que no consta ántes en el texto que el arriero se moviera de su cama. Si no consta, tenemos por cierto que se columbra. El arriero está despierto; siente entrar á su coima; oye que D. Quijote le habla; la impaciencia le mata. No es preciso que diga Cervántes que se levantó y se dirigió de callada hácia donde D. Quijote departia amigablemente con la puntualísima Maritornes: eso se desprende de lo anteriormente dicho. El arriero de Arévalo se siente ofendido por aquello que á él le parecia burla, se acerca más á la cama de D. Quijote, y da principio á sus vengadoras proezas. Hechas estas reflexiones, hay que dejar el texto tal como plugo á Cervántes escribirlo.

Pudiéramos habernos excusado de escribir esta nota; pero la autoridad del Sr. Hartzenbusch es muy grande, y pudiera inducir

á algun editor futuro á hacer la alteracion que propone, y que hay que desechar á todo trance, porque es innecesaria.

Nosotros creemos que la pureza del texto debe conservarse, á excepcion de aquello en que manifiestamente se note errata de caja ó de sentido. Pero alterar nosotros el texto, porque nos parezca más propia ó ménos propia tal expresion, no lo creemos conveniente. Eso seria enmendar la plana á Cervántes, quien de seguro que podia y sabia enmendárnoslas á todos.

CAPÍTULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el dia ántes habia hablado (1) á su escudero, cuando estaba tendido en el val (2) de las estacas, le comenzó á llamar, diciendo: ¿ Sancho, amigo, duermes? ¿duermes, amigo Sancho? ¡Qué tengo de dormir, pesia á mí! (3), respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer así sin duda, respondió Don Quijote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber.... mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro, respondió Sancho. Dígolo, replicó Don Quijote, porque soy enemigo que se le quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿ Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dijo Don Quijote, que más fio de tu amor y de tu cortesía, y así has de saber que esta noche me ha sucedido una de las

(1) El Sr. Hartzenbusch cree que aquí debe decir *hablado*, y no *llamado*, pues del capítulo anterior se desprende que Don Quijote no llamó á su escudero, despues de la paliza, sino que le contestó á lo que le preguntaba. Variante muy oportuna, y que, como todas las que son fáciles y claras, admitimos y recomendamos.

(2) Valle.

(3) Pese á mí! Mal haya sea yo!

más extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás que poco há que á mí vino la hija del señor de este castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podria decir del adorno de su persona! ¡qué de su gallardo entendimiento! ¡qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Sólo te quiero decir que envidioso el Cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo más cierto), que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte que estoy peor que ayer cuando los gallegos (1), que, por demasías de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura de esta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado á mí (2) de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado; pero dígame, señor, ¿cómo llama á ésta buena y rara

---

(1) La Academia con su habitual comezon de alterar el texto pone *arrieros* donde la edicion primera dice *gallegos*, como nosotros lo dejamos para conservar la pureza. Bien es verdad que el sabio Cuerpo matritense tenia necesidad de hacerlo así, pues habiendo puesto *yangüeses* cinco ó seis veces, siguiendo la alteracion hecha por algun cajista osado en las ediciones de Cuesta que se hicieron despues de la de 1605, donde en el capítulo anterior dice *gallegos* en letra muy clara é inteligible, no es de extrañar, pero sí digno de censura que quisiera introducir mejoras y reformas donde no puede ni debe ni sabrá nunca introducirlas.

Y no es esto lo peor, sino que como la Academia para los editores que han hecho publicaciones á lo Orbaneja, es un Dios, les ha inducido á cometer los mismos deslices, bien que de un modo más reprensible, porque han cometido la falta por manifiesta obcecacion ó ignorancia, lo cual no puede decirse de la Academia, que ha contado siempre en su seno ilustres escritores, quienes saben cuánto es el delito literario del que introduce ó altera frases en una obra como *El Quijote*, ora sea por autoridad propia, ora guiándose por enmendaturas y variantes poco discretas.

(2) *Á mí* está suprimida en la mayor parte de las ediciones. no sabemos por qué motivo.

aventura, habiendo quedado de ella cual quedamos? Aún vuestra merced ménos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable hermosura que ha dicho; pero yo, ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí, y de la madre que me parió, que no soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte! ¿Luego tambien estás tú aporreado? respondió Don Quijote. ¿No le he dicho que sí, pesia (1) á mi linaje? dijo Sancho. No tengas pena, amigo, dijo Don Quijote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver al que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: señor, ¿si será éste á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dejó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió Don Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: si nó díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió Don Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que éste que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que aún Don Quijote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: pues ¿cómo vá buen hombre? Hablara yo más bien criado, respondió Don Quijote, si fuera que vos: ¿úsase en esta tierra hablar de esa suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite dió á Don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó á oscuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo: sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió Don Quijote, y no hay que hacer caso de estas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallare-

(1) *Pese á mi linaje*, dicen las ediciones de la Academia: alteracion innecesaria.
Pesia á mi linaje, vale tanto como *¡mal haya sea mi linaje!*

mos de quien vengarnos aunque más lo procuremos: levántate Sancho, si puedes, y llama al alcaide de esta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á oscuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quijote que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echarlo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponerlo en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion: y luego, dijo sobre la alcuza más de ochenta Pater nostres y otras tantas Ave Marías, Salves y Credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion: á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero: que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba; y así se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaba en la olla donde se habia cocido, casi medio azumbre, y apénas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar de manera, que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó, y se sintió aliviadísimo del

cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera riñas (1), batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quijote, y él tomándola á dos manos con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco ménos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora, y viéndose tan afligido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado. Viéndole así Don Quijote le dijo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, ¡mal haya yo y toda mi parentela! ¿para qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta prisa, que ni la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de angeo (2) con que se cubria fueron más de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida: duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales, no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener; pero Don Quijote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitárselo al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y así forzado de este deseo él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la ven-

(1) Ruinas, dicen todas las ediciones antiguas.
(2) Es lienzo de estopa.

ta, que pasaban de más de veinte personas; mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos de ella, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser del dolor que sentia en las costillas, á lo ménos pensábanlo aquellos que la noche ántes le habian visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave, le dijo: muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida: si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos (1), y castigar alevosías: recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa de este jaez (2) que encomendarme, no hay sino decirla, que yo os prometo, por la órden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego: señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen: sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. ¿Luego venta es ésta? replicó Don Quijote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen, buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pié y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del Cielo y á todos los incómodos (3) de la tierra. Poco tengo yo que ver

(1) Agravios.
(2) De esta clase.
(3) Palabra anticuada: significa incomodidad.

en eso, respondió el ventero: págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hostalero, respondió Don Quijote, y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él, sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero que le vió ir, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la misma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho de esto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraria de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recibido, no pagaria un solo cornado (1), aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar de él los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia (2), tres agujeros del potro de Córdoba (3), y dos vecinos de la heria de Sevilla (4), gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno de ellos entró por la manta de la cama del huesped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse

---

(1) «Moneda antigua de vellon que corrió en tiempo del rey Don Sancho el IV de Castilla y de sus sucesores hasta los reyes católicos. Llamóse así por tener grabada una corona. Los más antiguos equivalian á cinco maravedís de los actuales y á la mitad los más modernos.» «No vale un cornado» frase familiar que significa la inutilidad, el poco precio y valor de alguna cosa.» Esto dice la Real Academia en su *Diccionario*. Al decir Sancho que no pagaria ni un cornado, lo que quiere decir exageradamente es que no pagará ni un maravedí siquiera.

(2) Lo mismo que *pelaires*, que significa oficial de la fábrica de los paños, cuya ocupacion es cardarlos á la percha y colgarlos al aire, segun la definicion de la Academia.

(3) Agujeros significa aquí los que hacian ó vendian agujas.

(4) Heria, lo mismo que feria.

al corral, que tenia por límite el Cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas que llegaron á los oidos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero, y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas (1), pero estaba tan molido y quebrantado que áun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribirlos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trajéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrerle con un jarro de agua, y así se lo trajo del pozo por ser más fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará: ves! ¡aquí tengo el santísimo bálsamo! (y enseñábale la alcuza del brebaje) que con dos gotas que de él bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores: ¿por dicha, hásele olvidado á vuestra merced, como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? (2) Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí: y el acabar de decir esto, y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se lo trajese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y

(1) Es decir, á los bordes de las tapias del corral.

(2) Este modo gracioso y natural de expresarse, tan adecuado á Sancho, no lo emplea ningun escritor del siglo de oro: clara muestra de la inmensa superioridad que distinguia á Cervántes.

lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice de ella que, aunque estaba en aquel trato, tenia unas sombras y léjos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió de ella muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia; mas Sancho no las echó ménos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque Don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

NOTA.

El Sr. Hartzenbusch dice en una de sus *Notas* en la edicion ya citada, hablando de aquel periodo en que se escribe que «no hay que hacer caso de estas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quien vengarnos,» que «cosas de encantamentos, como puñadas, pateos y candilazos, no se pueden llamar fantásticas, porque son muy reales y verdaderas, aunque se hagan á oscuras.» Muy cierto; pero eso no obsta para que Don Quijote creyera que eran fantásticas é invisibles. La observacion del Sr. Hartzenbusch no es todo lo adecuada que conviniera. De muchas alteraciones de las que indica el Sr. Hartzenbusch no hacemos mencion, porque son demasiado sofísticas, y no dignas de que se sigan jamás.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Cuando así le vió Don Quijote le dijo: ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿que podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto, por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral, mirando los actos de su triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni ménos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado: que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado, de manera que aquellos follones (1) y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballeria, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, sino fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres; que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apear-

(1) De la palabra *follones* hemos ya dado la explicacion. De la de *malandrines* la daremos en nota de este capítulo.

se del caballo, en al (1) estuvo que en encantamentos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pié derecho, y lo que seria mejor y más acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de Ceca en Meca y de zoca en colodra, como dicen. Qué poco sabes, Sancho, respondió Don Quijote, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia; que dia (2) vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio: si nó, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé: sólo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamás hemos vencido batalla alguna, sino fué la del Vizcaino, y áun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada ménos; que despues acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quijote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trajere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos, y áun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, cuando se llamaba *El caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo

---

(1) Hemos dicho ántes que antiguamente la palabra *al* significaba tanto como *otra cosa*.

(2) *Que de ay vendrá*, dice por errata de caja la edicion príncipe. Corrigió la equivocacion el mismo editor primero en sus posteriores impresiones; texto seguido por todos, y con mucha razon, como fácilmente se comprende.

vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dijo Don Quijote, que mejor lo hará el Cielo contigo. En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola, se volvió á Sancho, y le dijo: este es el dia, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. Á esa cuenta, dos deben de ser, dijo Sancho, porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca, y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que éste que viene por nuestra frente, le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana: estotro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya. ¡Para mis

barbas (1), dijo Sancho, sino hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere! En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Quijote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho, ¿pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora. Así es verdad, dijo Don Quijote: lo que puedes hacer de él es dejarle á sus aventuras, ora se pierda ó nó (2), porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que áun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se vieran (3) bien las dos manadas que á Don Quijote se le hicieron ejército, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada, comenzó á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldes (4), que trae en el escudo un leon coronado rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azu-

(1) Es decir, *por mis barbas, por el respeto que merecen mis barbas.* Esto no lo explica la Academia ni en sus ediciones ni en su Diccionario. ¿Para qué? Que cada cual lo entienda como le plazca.

(2) *Ahora se pierda ó nó* dicen las ediciones de la Academia y las que maquinalmente las han copiado. ¿Por qué?....

(3) *Se verian*, dicen la mayor parte de las ediciones: alteracion inútil é innecesaria.

(4) Sabido es que *jaldes* significa amarillo subido.

les, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina, hija del duque de Alfeñiquen del Algarve: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana (1), que trae las armas, como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de las Baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra (2), y trae las armas de los veros (3) azules, es el poderoso duque de Nerbia. Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte.* Y de esta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben (4) las dulces aguas del famoso Xanto; los Montuosos que pisan los Masílicos campos; los que criban (5) el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los Númidas, dudosos en sus promesas; los Persas, en arcos y flechas, famosos; los Partos, los Medos, que pelean huyendo; los Arabes de mudables casas; los Scitas tan crueles como blancos; los Etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las

---

(1) Caballo corpulento, fuerte y brioso, lo define la Academia.

(2) Cebra, segun la Academia, es animal cuadrúpedo de Africa, parecido al mulo, de color de melocoton, con listas trasversales pardas ó negras en toda la piel, de la gallardía y viveza del caballo, y más ligero.

(3) Los tratados de Heráldica que hemos repasado dicen que «los veros es palabra que se deriva de varius, ó ardilla con cuya piel de diferentes colores se forraba el vestido de los antiguos caballeros. Se indican con campanillas. Empleados en el escudo significan justicia, y se expresan con número indeterminado, en cuatro ó seis filas alternadas de plata y azur..»

(4) Los que bebian, dice la edicion príncipe.

(5) *Los que cubren* dice la edicion de 1605.

corrientes cristalinas del olivífero Bétis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes; los que se alegran en los Elíseos Jerezanos prados; los Manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuantas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dijo: señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto: á lo ménos yo no los veo; quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. ¿Cómo dices eso? respondió Don Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oigas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte, y déjame solo: que sólo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda; y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas los que va á embestir: ¡vuélvase, desdichado del padre que me engendró! ¡qué locura es ésta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados; ¿qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios! Ni por esas volvió Don Quijote; ántes en altas voces iba diciendo: ¡ea caballeros! los que seguis y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pen-

tapolin del arremangado brazo, seguidme todos; vereis cuán fácilmente les doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alancearlas con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas, y comenzaron á saludarle los oidos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras; ántes discurriendo á todas partes, decia (1): ¿adónde estás, soberbio Alifanfaron? Vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal herido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago: mas ántes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y así con mucha prisa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacia y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se lo habia dado á conocer: viéndole, pues, caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: ¿no le decia yo, señor Don Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros? ¡Cómo! ¿eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo? Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo ha-

---

(1) El verbo *decia* lo han añadido despues de la edicion de 1605. Lo han copiado las posteriores, y está muy bien puesto, pero tambien era muy justo el advertirlo.

bia de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas: si nó, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás cómo en alejándose de aquí algun poco se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda: llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan; que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí más recio que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla, en guisa (1) de hombre pensativo además, y viéndole Don Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dijo: sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el

(1) Anteriormente hemos dado la explicacion de esta palabra.

mal, el bien está ya cerca; así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te caben parte de ellas. ¿Cómo nó? respondió Sancho: ¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mismo? ¿Que te faltan las alforjas, Sancho? dijo Don Quijote. Sí que me faltan, respondió Sancho. De ese modo no tenemos que comer hoy, replicó Don Quijote. Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados andantes caballeros como vuestra merced es. Con todo eso, respondió Don Quijote, tomara yo ahora más aina (1) un cuartal de pan, ó una hogaza, ó dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna; mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios que es proveedor de todas las cosas no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos. Más bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo Don Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la Universidad de París: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho: vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados: que si los hay daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios, hijo, dijo Don Quijote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan de este lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándolo tentando, le dijo ¿cuántas muelas solia vuestra merced tener en

(1) Palabra anticuada que la usó mucho en sus libros el historiador Mariana, y que vale tanto como pronto, bien, etc.

esta parte? Cuatro, respondió Don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro, si no eran cinco, respondió Don Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon (1), ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo Don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, ¡que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada! porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de la caballería: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de Don Quijote no le dejaba sosegar, ni atender á darse prisa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

COMENTARIO.

Tambien los capítulos XVII y XVIII son un saludable ejemplo de enseñanza, resignacion, sufrimiento y grandeza sociales, á la vez que un completo dechado de bellísimos pensamientos y encantadores trozos de elocuencia castellana. El diálogo, de que hicimos mencion anteriormente, resplandece aquí con todas sus galas y esplendor, con toda su gracia y deleite.

(1) *Neguijon* tanto vale como enfermedad que origina la negrura y caricia de los dientes.

Cuando Sancho dice á su amo que si los encantadores no se dejan ver, déjanse sentir; cuando el mismo Sancho asegura que el encantador debe guardar para otros el tesoro de la bellísima doncella, y para él y para su dueño los palos y los candilazos; cuando increpa á Don Quijote con aquellas intencionadas preguntas de «¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿y las alforjas que me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mismo?»; cuando se leen, en fin, otras muchas frases y respuestas, llenas de sal y de donosura, ¿quién no admira á Cervántes, que tan magníficamente sabia manejar el idioma castellano?

¡Pues qué si nos paramos á considerar sobre el discurso pronunciado por Don Quijote! Con seguridad puede decirse que ningun trozo de elocuencia castellana nos puede ofrecer la literatura de su siglo comparable al que de nos ocupamos. Esa descripcion, tan poética como llena de discrecion, que Don Quijote hace de tantos países, reyes, imperios, monarquías, estados y pueblos; esa sublimidad en la frase al mismo tiempo que llaneza en los conceptos; esos calificativos aplicados siempre, y por regla general, tan oportuna y tan justamente; esas innumerables bellezas que entraña la relacion que nos ocupa, ¿cómo no han de entusiasmar á los verdaderos amantes del habla castellana?

Y en cuanto á la moralidad que de los capítulos mencionados se desprende, ¿cómo echarla en olvido? Siempre se desespera Sancho de los contratiempos: siempre se resigna Don Quijote. Éste simboliza el espíritu de la mansedumbre y de la abnegacion, y el escudero el espíritu egoista y del positivismo, como siempre sucederá, porque el uno representa, como hemos dicho ántes, la magnanimidad, el otro la ruindad; el uno la grandeza, el otro la pequeñez; el uno el esfuerzo, el otro el amilanamiento.

Que el hombre no debe desesperarse, ni acobardarse por los reveses y vicisitudes de la vida, nos dicen la experiencia y las máximas de las personas prudentes. Eso pasa con Don Quijote. Alegoría es en este capítulo de los que esforzadamente sobrellevan los altibajos de la vida.

Lucha y es vencido: predica sanos principios, y tiénenle por loco; pero él siempre sordo á las voces del positivismo, sigue su carrera virtuosa, aunque aparentemente equivocada.

Podrá morir en la demanda; pero no se amilanará ni huirá como Sancho. Significa esto que el uno es un héroe, celoso de su

honra, en tanto que el otro es uno de esos adocenados que pululan y han pululado siempre por el mundo. Por eso compadecemos á Don Quijote como á la persona que se sacrifica por sus semejantes, sin que le comprendan, en tanto que nos burlamos, nos reimos ó despreciamos á Sancho, por sus imprudencias, su cobardía ó su malhadado egoismo.

NOTAS.

Los malandrines era un linaje de gente bastante repulsivo y despreciable. Eran aventureros, «soldados licenciados ó gente que no estaba acostumbrada á trabajar,» como oportunamente los califica el muy docto Bastús. Los excesos que han cometido siempre en las comarcas y naciones donde en determinadas épocas han divagado, son el más terrible anatema que puede darse contra gente tan ruin.

La Real Academia Española dice que este adjetivo significa, *maligno, perverso, bellaco;* definicion que conviene perfectamente con lo que sabemos de la historia de los malandrines.

*

Andar de ceca en meca, vale tanto como andar de acá para allá. Ceca llamaban los musulmanes á la mezquita de Córdoba, así como Meca á la que hay en Arabia. *Andar de zocos en colodros*, segun Covarrubias, que se apoya en la autoridad de críticos antores, «significa salir de un peligro para entrar en otro mayor.»

*

Un docto cervantista inglés, ántes citado, Alejandro Duffield, ha preguntado en la *Crónica de los Cervantistas* qué quiere decir achaque de caballería. Achaque de caballería vale tanto como asuntos pertenecientes, que atañen, que se rozan, que versan, que se ocupan, que tratan de la caballería. La frase, despues de todo, no es tan oscura que necesite explicacion. Se dice siempre, para demostrar que tal ó cual persona es poco ó muy poco

perita en cualquier asunto: éste ó estotro no entiende de achaques de comercio, de industria, de literatura, de artes, de ciencias, de otras mil cosas.

Opinamos que para traducir bien la frase: *achaques de caballería*, debe leerse: asuntos ó negocios caballerescos. Sancho Panza, como le objetaba oportunamente Don Quijote, no era entendido *en achaque de caballería;* esto es, en lo que hacia referencia á las leyes y preceptos de la caballería andante.

❁

Dice Hartzenbusch en una de sus notas á la edicion foto-tipográfica de *El Quijote* que «se *vieran* bien las dos manadas que á Don Quijote se le hicieron ejército» (primera edicion de 1605) es preferible al *verian* que traen la 2.ª y 3.ª edicion de Cuesta. ¡Preciosa confesion! Por eso nosotros seguimos con predileccion la edicion príncipe, y nó las que sucesivamente han hecho variantes inoportunas y hasta inadmisibles é inexplicables.

❁

El Sr. Ochoa en su edicion de Nueva-York dice que las puertas que se llevó Sanson, no fueron las del templo en que pereció, sino la de la ciudad de Gaza. Nota inútil y hasta reprensible; porque Cervántes no dijo que Sanson se habia llevado las puertas del templo donde feneció, sino que Brandabarbaran de Boliche tenia por escudo una de las puertas del templo donde murió Sanson, lo cual es muy posible sin que para nada interviniese en el asunto el famoso juez de Israel.

❁

Se dice en el texto: «los montuosos que pisan los masílicos campos.» Montuosos significa los hombres que viven entre montes. Masílicos, los que moraban en la comarca de los másilos, en Africa. Las notas del Sr. Hartzenbusch sobre este punto son sofísticas.

❁

Al decir Don Quijote que procuraria haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría que al que la trajera consigo no se le pudiese hacer ningun género de encantamento, respondió Sancho: «yo soy tan venturoso, que cuando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos.»

Con esta expresion familiar, que en rigor no puede llamarse

refran, dice la Academia que se moteja la indiferencia de alguno respecto de los males ajenos que debia excusar ó remediar. »

Las anteriores líneas son del Sr. Coll y Vehí, que ha escrito un libro de más de 200 páginas, titulado *Los refranes de El Quijote*, para decir lo mismo que ya sabiamos sobre el particular por los Diccionarios y las Colecciones. Trabajos como los del escritor que nos ocupa, ni hacen falta, ni deben acogerse tampoco con indiferencia, por el entusiasmo que revelan.

CAPÍTULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete (1) de Malandrino ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo Don Quijote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda; que modos hay de composicion en la órden de caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo Don Quijote; basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por nó, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y áun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen, y lo que no habia de bueno en ello era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje, y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una

(1) El almete era una pieza de la armadura antigua para cubrir la cabeza.

aventura que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna oscuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas, de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues de esta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y miéntras más se llegaban mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual animándose un poco dijo: ésta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran? Por más fantasmas que sean, dijo Don Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entomecen (1) como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó nó? Con todo eso replicó Don Quijote, te ruego Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de cuartana, y creció más el batir y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de las cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los piés de las mulas, que bien

(1) *Entomecer*, es verbo anticuado que significa *entumecer*.

vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y áun en el de su amo, y así fuera en cuanto á Don Quijote, que ya Sancho habia dado al través con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros: figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada, y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y cuando los vió cerca alzó la voz y dijo: deteneos, caballeros, ó quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venis, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais; que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado (1), y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de prisa, respondió uno de los encamisados, y está la venta léjos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís, y picando la mula, pasó delante. Sintióse de esta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno dijo: deteneos, y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado: si nó conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzándose en los piés dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pié, viendo caer al encamisado, comenzó á denostar á Don Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así con facilidad, en un momento dejaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo

(1) Agravio, ofensa.

revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas (1), no se podian mover: así que, muy á su salvo Don Quijote los apaleó á todos y les hizo dejar el sitio, mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba un hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quijote, y llegándose á él, le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole que se rindiese, si nó que le mataria; á lo cual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada; suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablos os ha traido aquí, dijo Don Quijote, siendo hombre de Iglesia? ¿Quién, señor? replicó el caido: mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo Don Quijote, si no me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunte. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá vuestra merced, que aunque denántes (2) dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos á la ciudad de Segovia, acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quién le mató? preguntó Don Quijote. Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. De esa suerte, dijo Don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si á mí mismo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda

(1) Mantos ó sotanas de paño negro.
(2) *Denántes* es un adverbio anticuado que vale tanto como *ántes*.

ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar (1) con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo de esta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote; ¿y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó (2) de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima de ella, le dió el hacha, y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced, que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El Caballero de la Triste Figura.* Con esto se fué el bachiller, y Don Quijote preguntó á Sancho, que qué le habia movido á llamarle *El Caballero de la Triste Figura* más entónces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho: porque le he estado mirando un rato

---

(1) El verbo topar vale tanto, segun la Academia, como hallar algo casualmente ó sin solicitud.

(2) El verbo *curar*, muy castizo, significa en este y otros lugares de *El Quijote: cuidar.*

á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá, que jamás he visto, y débelo de haber causado, ó ya el cansancio de este combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió Don Quijote, sino que al sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *El de la Ardiente Espada*, cuál *El del Unicornio*, aquel *De las Doncellas*, aqueste *El del ave Fénix*, el otro *El Caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo, una muy triste figura. No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin más ni más, y sin otra imágen ni escudo, le llamarán *El de la Triste Figura*, y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara el hambre y la falta de las muelas que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse Don Quijote del donaire de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela como habia imaginado (1). Olvidábaseme de decir que ad-

---

(1) En este pasaje hay variantes de consideracion en muchas ediciones. En la edicion príncipe está el texto como lo dejamos. En la segunda y tercera de Cuesta, seguidas por las ediciones de la Academia, se ponen las palabras *juxta illud*, etc., en boca de Don Quijote. Hartzenbusch en su edicion de Argamasilla pone las mismas palabras en boca del bachiller malparado. Despues de reflexionar detenidamente sobre estas variantes, entendemos que todas son innecesarias, y optamos por el texto llano y clarísimo de la edicion de 1605. Sancho Panza en tono de broma dice á su amo, despues del consabido encuentro, que debe llamarse el caballero de la *Triste Figura*. Ríese Don Quijote de la ocurrencia, y envanecido Sancho y como queriendo dar un golpe de efecto, prosigue con estas ó parecidas frases: pues se me olvidaba lo mejor, que está vuestra merced excomulgado, por aquello de *si quis, suadente diabolo, etc.* Don

vierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: Si quis, suadente diabolo, etc.* No entiendo ese latin, respondió Don Quijote; mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzon; cuanto más, que yo no pensé que ofendia á sacerdotes, ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro, como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad el Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller se fué como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó nó, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados de esto, volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen en qué entender: el jumento está como conviene, la montaña cerca, el hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de piés (2), y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza; y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar, le siguió; y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre al-

---

Quijote dice: «no entiendo ese latin;» es decir, déjame de latines, ni de sentencias, ni de citas, que yo me sé lo que hago. Y continúa luego diciendo que él no creia ofender á sacerdote, etc., sino á fantasmas y vestiglos del otro mundo.

La única objecion que puede hacerse es la de que Sancho no entendia latin. Cierto es que no lo entendia; pero en varios pasajes de la obra da muestras de su aficion á hacer citas, recordando lo que habia oido á personas ilustradas, como sucedió cuando lo del *redemtio;* y es muy verosímil que se dirigiese en tono de broma á Don Quijote y espetase aquel latin, que dejó en las primeras palabras, tal vez y sin tal vez porque no recordaba mas el pobre escudero.

(2) *Con gentil compás de piés,* vale tanto como, con toda ligereza á todo escape, muy de pronto, etc.

morzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni áun agua que llegar á la boca, y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban, estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

COMENTARIO.

Creyó D. Nicolás Diaz de Benjumea, uno de los más insignes cervantistas contemporáneos, que en este capítulo aludió Cervántes á su enemigo personal Blanco de Paz. Juzgamos que hay mucha posibilidad de que así fuera. Llagado tenia Cervántes su corazon por las heridas morales que le habia inferido en Argel, y tambien en España, el envidioso Blanco de Paz; y no es de extrañar que aquel que tan excelente memoria tenia, y que de todos los acaecimientos de su vida hacia mencion, ó abierta ó embozadamente en sus escritos, quisiese vengarse noblemente por Don Quijote en la persona del Sr. Alonso Lopez, de Alcobendas; que como ya indicó el Sr. Benjumea, así lo demuestra el anagrama contenido en las palabras *Lopez de Alcobendas*, que exactamente dice: *Es lo de Blanco de Paz.*

La aventura tiene indudablemente mucho de intencionada, y —áun sin fijar la atencion en todo lo que patentiza que en este capítulo hay alusiones directas á un enemigo encarnizado de Cervántes,—todavía, considerándolo en un sentido más lato y general, no deja de ofrecer muy saludable enseñanza.

Para nosotros el tipo del que se apellidaba licenciado sin ser más que bachiller, representa á los hombres que áun en los lances más críticos de su vida usan de las armas del embustero, como

si su corazon, su razon y su conciencia no pudieran aspirar nunca las auras de la verdad y de lo sincero. Ellos son los miserables que siembran la discordia en las naciones, sepultan en el luto á las familias, introducen la confusion en lo más claro, y esparcen la desconfianza en todos los corazones. Su conducta siempre es ruin, sus actos indignos, sus acciones perversas, sus medios aborrecibles, sus fines diabólicos. La mentira es su Dios, la falsedad su culto, y la ruindad su altar más estimado y donde más adoraciones tributan. Son los mencionados hombres esos verdaderos Satanases del infierno de quienes nos habla Cervántes en este capítulo, y que aparentando perfecciones, son en realidad odiosos y malditos seres.

Contra esos; contra esa sentina y hez de las sociedades de todos los tiempos; contra esa plaga de pervertidas personas que nada respetan, ni veneran, ni acatan; contra esos infortunados que hacen representar triste y áun tristísima figura á los hombres de bien, á los prudentes, á los resignados, á los sabios, á los virtuosos, á los nobles de corazon, á los bondadosos y á los de alma generosa; contra esa caterva de necios altaneros y de embusteros viles, es contra quienes dicta Cervántes, por mediacion del más hidalgo y honrado de los caballeros, los anatemas de su indignacion, de su severidad y de su justo enojo.

Sátira filosófica contra los calumniadores, los embusteros, los falsos, los inícuos y los despreciables, pudiera llamarse este capítulo XIX de *El Quijote*, tan galanamente escrito cuanto discretamente pensado.

NOTAS.

Donde dice el texto de la primera edicion, «deteneos, caballeros, ó quien quiera que seais,» se ha suprimido en las sucesivas la partícula disyuntiva ó. Mal hecho, porque no habia precision de alterar el texto, y porque además, el texto queda más claro con la disyuntiva que sin ella.

En una de sus, por lo general, laberínticas y arbitrarias notas á la edicion foto-tipográfica hecha en Barcelona, sostiene el señor Hartzenbusch que aquel pasaje donde dice en este capítulo: «hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento,» debe modificarse, escribiendo: «Vació Sancho un costal de cebada; y recogiendo todo lo que pudo y cupo en él, atólo, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo.» Variante más arbitraria no se ha visto ni verá; y en bien de *El Quijote* y de su ilustre autor, confiamos que no habrá nadie que la siga. Sabido es que Cervántes escribia sin enmendaturas; que su letra era clara; que no hay equivocaciones generalmente en sus manuscritos: ¿pues cómo se quiere que en ménos de tres renglones se equivocaran los cajistas en cuatro palabras y omitieran otras?... Ya hemos dicho, y repetimos, que hacer esas variantes licenciosas y atrevidas no es querer conservar la pureza del texto de Cervántes, sino alterarlo y falsificarlo á capricho.

Además, ¿qué inconveniente hay en que nombre Cervántes talego al gaban de que Sancho hizo costal, si eso efectivamente fué lo que sucedió? ¿A qué decir que Sancho vació un costal de cebada, si el pobre encontraba con trabajo el darle de comer á su cabalgadura y al rocin famoso de su amo? ¿Qué más quisiera él que haber llevado en su asno un costal lleno de cebada? ¡Ya lo hubiera vaciado así como era turco!! «Modos hay de composicion en la órden de caballería para todo,» se dice en el mismo capítulo XIX que anotamos. ¿Pues qué mucho entónces que Sancho hiciera de su gaban costal ó especie de talego, y que encerrase en él cuanto pudo haber á las manos?... Deséchese, por tanto, como inconveniente la alteracion que se propone. Léase el capítulo XX y se nos dará la razon.

CAPÍTULO XX.

De la jamás vista ni oida aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que el hambre. Parecióle bien el consejo á Don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves (1) que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba, á tiento, porque la oscuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba: alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua (2), especialmente á Sancho que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacian un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de

---

(1) Restos.

(2) *Que les aguó el contento del agua*, modo de expresion que revela la gracia y maestría con que manejaba Cervántes nuestro encantador idioma.

las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dijo: Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del Cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en éste en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que oscurezcan las más claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo de estos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos, las cuales cosas, todas juntas y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no más, en los cuales, si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo, y á decirle: señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche; aquí no nos ve nadie; bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, ménos habrá quien nos note de cobardes; cuanto más que yo he oido predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra

merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el Cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer, que apénas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla: yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer más, y no ménos; pero como la codicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada Insula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco de ella me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado, y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este hecho, dilátelo á lo ménos hasta la mañana; que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. ¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo Don Quijote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dijo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare, respondió Don Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero; y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto. Viendo, pues, Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia, si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente, y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno

ambos piés á Rocinante, de manera que cuando Don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: ea, señor, que el Cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos quereis porfiar y espolear y darle será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon (1). Desesperábase con esto Don Quijote, y por más que ponia las piernas al caballo, ménos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿A qué llamas apear ó á qué dormir? dijo Don Quijote. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que más viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrasado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar de él un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavía alternativamente sonaban! Díjole Don Quijote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido: á lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oia; pero con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo. Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar, y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de

(1) Sabido es que *dar coces contra el aguijon,* vale tanto como *querer imposibles.*

Caton Zonzorino Romano que dice: *y el mal para quien lo fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos éste donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado. Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lopez Ruiz, y este Lopez Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva, era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico... Si de esa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si nó, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas (1), y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Dí como quisieres, respondió Don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos de bigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tú? dijo Don Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien, cuando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo habia visto todo: así que, yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme y que todo lo añasca (2), hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en omecillo (3) y mala voluntad, y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya, y lle-

(1) Cuentos.

(2) Que todo lo enreda ó embrolla.

(3) A Sancho nos lo ofrece Cervántes como el tipo de la ignorancia, y no estaba en el caso de saber el significado de las palabras, ni son extrañas en él las frases bárbaras que emplea. Ya en anteriores capítulos en vez de *homicidios*, decia con toda frescura, *omecillos*. Ahora en vez de odio ó enemistad, usa tambien de la palabra *omecillo*.

gaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla, se quiso ausèntar de aquella tierra é irse donde sus ojos no la viesen jamás: la Torralva que se vió desdeñada del Lopez, luego le quiso bien más que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mujeres, dijo Don Quijote, desdeñar á quien las quiere y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva que lo supo se fué tras él, y seguíale á pié y descalza desde léjos con un bordon (1) en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo, y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguarlo: sólo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado, de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podia caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él, que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba: entró el pescador en el barco y pasó una cabra; volvió y pasó otra; tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra de él. Sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quijote: no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho. Yo qué diablos sé, respondió Don Quijote. Hé ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta: pues por Dios que se ha acabado el cuento; que no hay pasar adelante. ¿Cómo puede ser eso? respondió Don Quijote: ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra

(1) Aquí significa: especie de cayado.

una del número no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mismo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho. Dígote de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dejarla, jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dijo Don Quijote, y veàmos si se puede mover Rocinante: tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos, y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado! (1) En esto parece ser, ó que el frío de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer) á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible; y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela, dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo más que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar

(1) La figura de pensamiento, epifonema, siempre la emplea Cervántes con gradísima prudencia y discrecion. Sirva de ejemplo éste y otros casos á los estudiosos hablistas que comienzan á darse á conocer.

los dientes, y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyólo Don Quijote y dijo: ¿qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él; alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apénas hubieron llegado, cuando él fué al socorro apretándolas entre los dedos, y con tono algo gangoso dijo: paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Sí tengo, respondió Sancho; ¿mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca? En que ahora más que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quijote. Bien podrá ser, dijo Sancho; más yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo Don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona, y con la que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba! Peor es meneallo (1), amigo Sancho, respondió Don Quijote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á más andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer: viendo pues Don Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran (2) castaños, que hacen la sombra muy oscura: sintió

(1) Frase oportunísima que se ha hecho proverbial, y es empleada siempre que no se quiere hablar de un asunto.

(2) *Que ellos eran castaños*, dice la primera edicion.

tambien que el golpear no cesaba, pero no vió quien lo podia causar, y así sin más detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho le mandó que allí le aguardase tres dias á lo más largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo de ellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento ántes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy más que cierta la prometida Insula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. De estas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor de esta historia que debia de ser bien nacido, y por lo ménos cristiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, ántes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pié, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombrios, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pié de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear que aún no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que

pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban (1). Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quijote á Sancho, y vióle qua tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don Quijote, y más cuando le oyó decir, como por modo de fisga (2): has de saber, oh Sancho amigo, que yo nací por querer del Cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo, pues, Don Quijote que Sancho hacia burla de él, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas véras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais, no me burlo yo, respondió Don Quijote. Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos, que si como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habria yo mostrado el ánimo que convenia para emprenderla y acabarla? ¿Estoy yo

(1) Para los que no lo sepan diremos con el Diccionario de la Academia, que batan es una máquina compuesta de mazos gruesos de madera, que, movidos de una rueda impelida de la corriente del agua, suben y bajan alternativamente ablandando las pieles, y apretando los paños con los golpes que dan sobre ellos.

(2) Burla.

obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batan ó nó? Y más que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si nó, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes (1), y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya más, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado de ésta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido, á lo ménos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe que es temor ni espanto? No niego yo, respondió Don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas (2). Á lo ménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios, y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya, que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar, y más que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas, ó reinos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dijo Don Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad, y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en cuantos libros de caballerías he leido, que son infinitos, jamás he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco; mia, en que no me dejo estimar en más: sí, que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fué de la Insula firme, y se lee de él

(1) Hemos dicho ya ántes que *jayan* vale tanto como hombre de horrible, feroz y descomunal estatura.

(2) Advertencia discreta, que se debe tener muy presente.

que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco.* ¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: así que, desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo (1), porque de cualquier manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro: las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo; y si no llegaren, el salario á lo ménos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho, pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albañil. No creo yo, respondió Don Quijote, que jamás los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced, y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podia suceder; que aún no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dijo Sancho, pues sólo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, sino fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. De esa manera, replicó Don Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

(1) Quiere decir, sin andarnos con zumbas ni burlas.

COMENTARIO.

Mucha enseñanza puede sacarse del capítulo XX; pero sobre toda enseñanza está la que se desprende de aquellas intencionadas frases donde hace Cervántes la apoteosis de los valientes y la pintura más exacta de los cobardes. Es de noche; Don Quijote oye un ruido que le representa una aventura caballeresca; insta á su escudero á que se apreste para seguirle; pero éste, en vez de obedecerlo, le disuade de su propósito, y para alentarlo más, le dice lo que todos los cobardes acostumbran: no acometamos tal aventura: nadie nos ve: nadie nos oye: nadie nos hostiga: torzamos el camino,y desviémonos del peligro. El mísero Sancho sigue sólo con su preocupacion de adquirir riquezas y ser gobernador. Para eso ha salido de su pueblo.

Únicamente en el natural bondadoso, grande, sublime de Don Quijote pudo tener disculpa el metalizado y positivista Sancho con sus exigencias y sus dislates. Bien es verdad que Don Quijote era el tipo de la benignidad, de la mansedumbre y de la misericordia, y por lo mismo sufria lo que ningun otro mortal hubiera sufrido.

Siente uno compasion de ese hombre generoso, magnánimo é ilustrado, cuando despues de sus reveses en los sucesos de la vida, tiene todavía que vencer el miserable materialismo de su criado. No lo comprendia nadie, ni nadie sabia premiar sus esfuerzos y recompensar sus méritos.

La pintura hecha por el inimitable autor de la *Galatea* tiene, despues de todo, un fondo de verdad que llena el ánimo de compasiva melancolía. ¿Qué pasa á Don Quijote más que lo que pasa en muchas ocasiones en la vida? ¿Se sacrifica uno por algo? Ese es un necio, se dice. ¿Se muestra uno perverso y materialista, egoista y ruin? Ese es un sabio, se oye.

Comprendemos que aquí no hay más que la enunciacion de un sofisma; pero sofisma que corre con bastantes apariencias de verdad; y eso es lo que Cervántes nos patentiza, con esa sátira sublime que le es peculiar, en el capítulo que comentamos.

Y dado caso que los hombres insignes, valientes, virtuosos, heróicos acometan algunas veces acciones demasiado atrevidas, ¿ha de decirse por eso que son dignos de anatemas, ni de burlas, ni mofas, si el resultado de sus empresas no corrresponde al fin de sus determinaciones y propósitos? En modo alguno.

Quitad, pobres hombres que todo lo entregais al desprecio, de la lista de las acciones nobles y de los impulsos generosos del corazon, la magnanimidad, el desprendimiento, la caridad, la abnegacion, el esfuerzo heróico y otras mil virtudes que en el Ingenioso Hidalgo predominaban, y convertireis el mundo en un centro de maldades, de ruindad, de positivismo, de sórdido interés, de rastreras pasiones, y de seres iguales á Sancho, que sólo están contentos cuando beben, comen y duermen como los irracionales.

Decir á los necios, á los presuntuosos, á los bellacos y á los materialistas, que se quiere acometer algun hecho notable, ora tenga buen éxito, ora malo, ya sea reflexivamente ó con alguna ligereza, es darles materia abundante de risa y pasatiempo. No hay, despues de todo, que admirarse. Esa caterva de pobres de inteligencia y de espíritu, lo mide todo con el rasero de su mezquindad. ¿Qué comprende ni sabe ella de magnanimidad ni desprendimiento, abnegacion ni virtud?

Bien lo dijo Cervántes, valiéndose del Ingenioso Hidalgo: «NO SON TODAS LAS PERSONAS TAN DISCRETAS QUE SEPAN PONER EN SU PUNTO LAS COSAS.»

NOTAS.

Donde en este capítulo dice: *intrépido corazon*, quiere el señor Hartzenbusch que se diga: *aconsejado ó atentado corazon.* ¡Válganos Dios por las alteraciones! ¿Cómo ha de estar el texto mejor como lo pone el autor de los *Amantes de Teruel*, si hasta el mismo sentido comun está persuadiendo que el adjetivo *intrépido* está perfectamente aplicado á Don Quijote, y es una inconveniencia lo de aconsejado ó atentado corazon?... La intrepidez

propia de Don Quijote era la que le hacia muchas veces cometer acciones que el vulgo no comprendia.

⁂

Quiere un anotador que donde se escribe en el texto: «yo haré lo que viese que más viene *con mi pretension,*» se ponga *con mi profesion.* ¿A qué tal variante, si es inoportuna y hasta ilógica?... Si en *El Quijote* se hicieran las alteraciones que algunos señores proponen, seria cosa de que ni áun Cervántes mismo lo entediera, si resucitase para solo ello.

⁂

El Sr. Ochoa dice en una de sus notas que el cuento de la Torralva no es nuevo, como en el texto se asegura, y cita al efecto una coleccion de Francisco Sansovino, autor italiano, quien en 1575 publicó los *Centi novelle antiche*, donde se contiene en sustancia el cuento más tarde reseñado por Sancho. Pero debemos advertir que entre el cuento descrito por el autor italiano, tomado de autores extranjeros, y el contado por Sancho no hay esa semejanza que quiere suponer el Sr. Ochoa. La naturalidad, la gracia, el chiste, el encanto y deleite que se halla en la narracion de Panza no se encuentra en la coleccion de Sansovino ni en ningun autor precedente. Bajo este punto de vista, pues, la conseja pareció con razon nueva á Don Quijote. Y que se alude especialmente al modo de contar el cuento ó historia, se desprende bien á las claras en estas palabras:—«Dígote de verdad, (habla Don Quijote) que tú has contado una de las más nuevas consejas que nadie pudo pensar en el mundo, *y que tal modo de contarla ni dejarla, jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida.*»

⁂

En una de las notas del Sr. Clemencin, notas que muchas veces se suelen quebrar de sutiles, se dice que en aquel pasaje del capítulo que anotamos donde se escribe: «no querria que por pocas cosas penase mi alma en el otro mundo, porque quiero que sepas, Sancho, que en *él* no hay estado más peligroso que el de los aventureros,» debe haber equivocacion, pues segun su parecer «el estado de aventureros no es del otro mundo, sino del presente,» y añade que «debería borrarse *él* y ponerse *éste.*» El Sr. Clemencin no comprendió bien el texto y por eso escribió nota tan inoportuna. Don Quijote no quiere decir, ni le pasó por la imaginacion siquiera, que hubiera caballeros andantes en el otro mundo. Lo

que quiso decir fué que los caballeros andantes constituian uno de los estados ó profesiones, de este mundo naturalmente, que en el otro habian de ser juzgados con más severidad y rigor. ¿A qué andar, estando tan claro el texto y tan al alcance de todos, con supresiones ni aditamentos?...

*

En el botecillo de mudas (tarrillo de afeites para la cara) que llevaba la pastora Torralva, gente que comunmente se adereza poco, alude Cervántes, segun creemos, y tal vez no andemos equivocados, á lo generalizado que estaba en su época el componerse y blanquearse el rostro hasta las más inferiores mujeres. Cervántes era un gran crítico, y en este capítulo hace una censura tan notable como él sabia siempre hacerla. No hay más que leer á cualquier escritor contemporáneo de Cervántes para ver lo que tronaban contra todos los menjurjes que las mujeres se ponian entónces para agradar. Basta tener en cuenta lo que dice Luis de Leon.

CAPÍTULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento Don Quijote por la pesada (1) burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano dieron en otro como el que habian llevado el dia de ántes. De allí á poco descubrió Don Quijote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba, como si fuera de oro, y áun él apénas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo: paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra, otra se abre: dígolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la oscuridad de la noche: digo esto, porque si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de abatanar y aporrear el sentido. ¡Válate el diablo por hombre! replicó Don Quijote, ¿qué va de yelmo á batanes? No sé nada (2) respondió Sancho; mas á fe, que

(1) *Pesada burla* dice la edicion primera: otras, y entre ellas las de la Academia y cuantas las han copiado ponen *pasada burla.* ¡Alteracion innecesaria y arbitraria!

(2) Sancho dice que no sabe nada, porque no queria decir nuevamente otros deslices.

si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. ¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo Don Quijote: dime, ¿no ves aquel caballero, que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado (1) que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo Don Quijote: apártate á una parte, y déjame con él á solas: verás cuán sin hablar palabra por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, tornó á decir, que orégano sea, y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso más eso de los batanes, dijo Don Quijote, que voto... y no digo más, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo y el caballo y caballero que Don Quijote veia, era esto: que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica ni barbero, y el otro, que estaba junto á él, sí, y así el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero, y traia una bacía de azófar (2), y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba: venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion que á Don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero y yelmo de oro: que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos; y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: defiéndete, cautiva criatura, ó entrégame de tu voluntad lo que con tanta razon

---

(1) Este es uno de los más graciosos pasajes de *El Quijote*, y donde más se nota la perfeccion y soltura con que Cervántes lo describia todo.

(2) De laton.

se me debe. El barbero que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó más ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento: dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta (1) con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido: mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos, dijo: por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba, dijo: sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor de ello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa; mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad de ella. ¿De qué te ries, Sancho? dijo Don Quijote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano, dueño de este almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza de este encantado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor; y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo ésta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni áun le llegue, la que hizo y forjó el Dios de las herrerías para el Dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que más vale algo que no nada; cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como le tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron la alcuza donde venia aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido; que ya sabes tú,

(1) *Hasta*, dice en la primera edicion por equivocacion.

Sancho, dijo Don Don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probaré más en mi vida, aquí sea mi hora; cuanto más que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser herido, ni de herir á nadie: de lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto Don Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías: ¿qué pié sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo; que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena: la cual, si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene; y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes, y dijo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en véras; pero yo sé de qué calidad fuéron las véras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas; pero dejando esto á parte, dígame vuestra merced qué haremos de este caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los piés en polvorosa, y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio (1) de volver por él jamás, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo Don Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié; si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso, lícito es tomar el del vencido como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados (2) de aquí, volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocarle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de caba-

(1) Disposicion.
(2) Alejados.

llería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quijote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes de ellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi misma persona, no los hubiera menester más; y luego, habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio caparum,* y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, y bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirarlos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto! Cortada pues (1) la cólera y áun la melancolía (2), subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y áun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él, á la ventura, sin otro designio alguno. Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho á su amo: señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa (3) un poco con él, que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograse? Dila, dijo Don Quijote, y sé breve en tus razonamientos; que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y

(1) En este lugar han añadido y suprimido palabras algunas ediciones. No aceptaremos nunca variantes pueriles, y más en lugares como éste, donde el texto está tan llano y claro.

(2) *Malenconía* dice la primera edicion, y *malencolía* la segunda. La Academia, que tantas y tan innecesarias alteraciones ha hecho en el texto, no se ha atrevido á poner aquí la verdadera palabra, y ha dejado, para que copien las demás reimpresiones, una palabra que no tiene significado ninguno en los Diccionarios de la Academia que hemos revisado. ¡Qué temor más pueril por una parte y qué atrevimiento tan inaudito por otra!

(3) Departir, vale tanto como hablar, platicar, charlar.

así se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: y así me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas, y mayor entendimiento; que visto esto del señor á quien sirviéremos (1), por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió Don Quijote; mas ántes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la córte de algun gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apénas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad cuando todos le sigan y rodeen dando voces, diciendo: este es el caballero del Sol, ó de la Sierpe, ó de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas: este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años: así que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demás gente se parará á las fenestras (2) de su real palacio el rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ea ¡sus! (3) salgan mis caballeros, cuantos en mi córte están, á recibir á la flor de la caballería que allí viene: á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las más fermo-

(1) Así dice la edicion príncipe. Las ediciones de la Academia y muchas más ponen: *serviremos*. ¡Alteracion inútil!
(2) *Fenestras*, palabra anticuada que significa *ventanas*.
(3) Preposicion anticuada que significa *arriba! vamos! etc.*

sas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se pueda hallar: sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los de ella, y cada uno parezca á otro cosa más divina que humana, y sin saber cómo ni cómo (1), han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto (2). Venida la noche cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos de ella, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella: levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detrás del enano viene, con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huesped, en mucho pro (3) de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada además, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte: y lo bueno es que este rey ó príncipe ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro poderoso como él, y el caballero huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su córte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darásela el rey de muy buen talante (4), y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le hace, y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin que cae en el aposento donde ella duerme, por las cua-

---

(1) Así dice la edicion de 1605. Las ediciones de la Academia, las más adulteradas que hay, ponen: *cómo, ni cómo nó.* ¡Qué comenzon por alterar el texto!

(2) *Farseto* dice el Diccionario de la Academia, es un jubon colchado ó relleno de algodon de que usaba el que se habia de armar para resistir sobre él las armas y que no hicieran daño al cuerpo.

(3) Favor, enaltecimiento, honor.

(4) Ya hemos dicho anteriormente que *talante* vale tanto como *voluntad.*

les ya otras muchas le habia fablado, siendo medianera y sabedora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fiaba: suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho, porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente, la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo ménos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida: vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de su partida, madruga muy de mañana, vase á despedir del rey y de la reina, y de la infanta: dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quien sea su caballero, y si es de linaje (1) de reyes ó nó: asegúrala la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real y grave: consúelase con esto la cuitada, procura consolarse (2) por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas: vuelve á la córte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer en pago de sus servicios, no se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra

(1) *Linaje* es palabra que escribia antiguamente la Academia con *g*. Luego lo ha pensado mejor y la escribe con *j*. Bien hecho: así no se entiende ni la entiende nadie.

(2) Las ediciones de la Academia y las que las han copiado dicen: *y procura consolarse.*

luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la infanta, que era sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal. Eso pido, y barras derechas (1), dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pié de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *El Caballero de la Triste Figura.* No lo dudes, Sancho, replicó Don Quijote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores: sólo falta ahora mirar qué rey de los cristianos, ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la córte: tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra ó con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo cómo se podia hallar que yo sea de linaje de reyes, ó por lo ménos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por mujer (2), si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos; así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos: y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey; porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo, unos que traen y derivan (3) su descendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámide (4); otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia, en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron, y podria ser yo de éstos, que despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey mi suegro

(1) *Barras derechas* vale tanto como *no haya engaño, asi sea, que sea verdad, etc.*

(2) *Mujer*, escribialo ántes la Academia con *g:* ahora con *j.* ¡Qué Academia y qué académicos!

(3) *Derriban* dice por equivocacion la edicion príncipe.

(4) *Como pirámide puesta al revés*, dice la edicion de 1605. Las sucesivas ediciones alteraron el texto, y la Academia lo siguió.

que hubiere de ser: y cuando nó, la infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan (1), me ha de admitir por señor y por esposo: y si nó, aquí entra el robarla, y llevarla donde más gusto me diere; que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza; aunque mejor cuadra decir: más vale salto de mata, que ruego de hombres buenos: dígolo, porque si el señor rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, robarla y trasponerla; pero está el daño, que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes: si ya no es que la doncella tercera (2), que ha de ser su mujer, se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura, hasta que el Cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Eso no hay quien lo quite, dijo Don Quijote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió Don Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester; y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y áun te sobra, dijo Don Quijote, y cuando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres, ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde, cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fe que te han de llamar Señoría mal que les pese. Y móntas, que no sabria yo autorizar el litado, dijo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo. Sea así respondió Sancho Panza, digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la misma cofradía. ¿Pues qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas! Bien parecerás, dijo Don Quijote; pero será menes-

---

(1) Tanto vale como *aguador;* pero muchas veces tiene la acepcion de persona baja, de escasa ó de ninguna importancia.

(2) Es decir, la doncella que ha mediado en los amores.

ter que te rapes las barbas á menudo; que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo ménos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. ¿Qué hay más, dijo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa, y áun si fuere menester le haré que ande tras mí como caballerizo de Grande? ¿Pues cómo sabes tú, preguntó Don Quijote, que los Grandes llevan detrás de sí á sus caballerizos? Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la córte, y allí ví que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo: pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras de él: respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de Grandes llevar tras sí á los tales: desde entónces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dijo Don Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero; que los usos no vinieron todos juntos, ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primer conde que lleve tras sí su barbero: y áun es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey y el hacerme conde. Así será, respondió Don Quijote, y, alzando los ojos, vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

COMENTARIO.

Pocos trozos descriptivos tan bellos hallaremos en la literatura contemporánea de Cervántes como el que en este capítulo se nos ofrece. ¡Qué pintura tan minuciosa y tan acabada la que hace Don Quijote de las hazañas, aventuras, amores, triunfos, galardones, premio y enaltecimiento de un cumplido caballero andante! Se sabe que habla llevado de su entusiasmo; consta que cuanto dice es producto de su fecunda imaginacion; es notorio que sus ensueños se verán por completo desvanecidos; y sin embargo, leemos

con gozo, releemos con placer, recitamos con cariñoso entusiasmo esas palabras, esas promesas, esas deleitosas descripciones y halagüeños bosquejos que nos hace el sufrido Manchego de la sublimidad de la caballería.

¿Por qué?—Porque áun literariamente considerado el capítulo que comentamos es digno de todo encarecimiento, en tanto que por lo que respecta á la enseñanza moral que del mismo se desprende, no es ménos elogiable y sublime.

Resplandece en la parte literaria la belleza de la frase, el encanto de la diccion, lo castizo del lenguaje, la hermosura de los periodos, lo oportuno de los chistes, la graciosidad del diálogo, la perfeccion de la sátira, y el gracejo, en fin, tan ameno como necesario, en composiciones como *El Quijote.*

Brilla en la parte crítica la más encantadora naturalidad. Allí se ve á Sancho como siempre, materialista y ruin; á Don Quijote idealista y grande. Está hablando el noble caballero de los beneficios que producen las doctrinas caballerosas, y el escudero sólo sabe y puede decir que le casen con la hija de un duque, que eso pide y barras derechas, que eso es lo que desea, con otras frases que lo bajo de su condicion y lo mísero de sus ambiciones manifiestan.

Síguese representando, como se ve, la lucha entre el positivismo y el idealismo; pensamiento primordial de Cervántes al idear su *Quijote*, y que modificará, pero conservará en la esencia, hasta el último capítulo del libro.

NOTAS.

Donde dice en este capítulo: *el pobre caballero*, opina el señor anotador de la edicion foto-tipográfica de Barcelona, que debe ponerse: *el pobre barbero.* Confiamos que jamás será adoptada tan arbitraria alteracion. Don Quijote no creia que quien venia en el caballo rucio rodado era un barbero, sino un caballero hecho y derecho. No hay equivocacion de ninguna clase. Dos líneas ántes

de que se nombre al ínclito *rapa-barbas*, *pobre caballero*, se habia escrito por Cervántes, con toda intencion, lo siguiente: « Venia (nuestro hombre) sobre un asno pardo, y ésta fué la ocasion que á Don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y *caballero* y yelmo de oro.»

❁

En este capítulo se corrobora por el mismo Cervántes lo que dijimos en el diez y siete. Aquí se dice que «queda hecho rey el caballero en *dos palabras;*» esto es, en un instante, en el plazo de tiempo más breve que puede darse. Vese que la alteracion *en dos paletas*, que deseaba introducir un comentador, es tan aventurada como contraria á los diversos pasajes del texto.

❁

Una de las muchas verdades que Cervántes escribió en su obra, es la siguiente máxima: «primero se ha de cobrar fama por otra parte, que se acuda á la Córte.»

Los hombres más sábios, más virtuosos y más esforzados no conseguirán en esos centros de fausto que se llaman córtes el galardon y premio de sus acciones, si no van ya precedidos de cierta fama y prestigio. Podrá haber excepciones, deshonrosas casi siempre; pero la verdad está en lo que dice Cervántes.

❁

Lo de devengar quinientos sueldos se refiere á las personas nobles, quienes percibian tal suma, segun algunas leyes, en indemnizacion de lo que le hubiesen agraviado ó perjudicado determinados individuos.

CAPÍTULO XXII.

De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza, su escudero, pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que Don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba venian hasta doce hombres á pié, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo, y dos de á pié: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pié con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vió, dijo: ésta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras. ¿Cómo gente forzada? preguntó Don Quijote: ¿es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras, de por fuerza. En resolucion, replicó Don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad. Así es, dijo Sancho. Pues de esa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecucion de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes (1), y Don Quijote, con muy corteses razones, pidió á los que iban en su guarda, fuesen servidos de informarle y decirle la causa ó causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes,

(1) Los que reman forzados en las galeras.

gente de su Majestad, que iba á galeras, y que no habia más que decir, ni él tenia más que saber. Con todo eso, replicó Don Quijote, querria saber de cada uno de ellos en particular la causa de su desgracia: añadió á éstas, otras tales y tan comedidas razones, para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno de estos malaventurados, no es tiempo éste de detenerles á sacarlas, ni á leerlas: vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren; que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia, que Don Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa (1). Él le respondió que por enamorado iba de aquella manera. ¿Por eso no más? replicó Don Quijote: pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los mios fueron que quise tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué en fragante (2), no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos (3) de gurapas, y acabóse la obra. ¿Qué son gurapas? preguntó Don Quijote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico (4); mas respondió por él el primero y dijo: éste, se-

---

(1) De tal modo, tan malamente.

(2) Es decir, fué en el acto del robo cuando me prendió la justicia.

(3) *Precios de gurapas*, dicen las ediciones de la Academia y muchas que las han copiado. La edicion primera tiene el texto como le dejamos. Nos parece bastante explicable, y no era preciso alterarlo. Lo que quiere decir el galeote en su lenguaje habitual es que le habian condenado á tres años cabales, justitos (precisos), de galeras ó gurapas. ¿A qué esa variante de *precios de gurapas?*

(4) *Malencónico* dice la edicion príncipe. Cosa de extrañar es que los cajistas de aquella época no atinaran á poner esta palabra en muchas ocasiones en *El Quijote* con la perfeccion debida.

ñor, va por canario, digo por músico y cantor. ¿Pues cómo? repitió Don Quijote: ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Sí, señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia (1). Ántes he oido decir, dijo Don Quijote, que quien canta, sus males espanta. Acá es al revés, dijo el galeote, que quien canta una vez llora toda su vida. No lo entiendo, dijo Don Quijote; mas una de las guardas le dijo: señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non sancta*, confesar en el tormento: á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado, le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas, y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones; porque dicen ellos que tantas letras tiene un nó como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió Don Quijote, el cual pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo: yo voy por cinco años á las señoras gurapas (2), por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo Don Quijote, por libraros de esa pesadumbre. Eso me parece respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola (3) del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero, Dios es grande: paciencia, y basta! Pasó Don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual, oyéndose preguntar la causa porque allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra;

(1) *Cantar en el ansia* vale tanto como confesar una cosa en el tormento. Véase el *Vocabulario gitano* de Juan Hidalgo en la explicacion de las palabras *cantar* y *ansia*.

(2) A las sonoras gurapas, dice la edicion príncipe.

(3) La pluma.

mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo: este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote, y la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y áun de todo el cuerpo: en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimismo sus puntas y collar de hechicero. Á no haberle añadido esas puntas y collar, dijo Don Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á mandarlas y á ser general de ellas; porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sino gente muy bien nacida, y áun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado (1) y conocido, como corredores de lonja: y de esta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más ó ménos, pajecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que á la más necesaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones porque convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar: sólo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas mixturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dijo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa: en lo de alcahuete, no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello; que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud sin

(1) Determinado, escogido.

pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aquí tornó á su llanto como de primero; y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se lo dió de limosna. Pasó adelante Don Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no ménos, sino con mucha más gallardía que el pasado: yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay diablo (1) que la declare: probóseme todo; faltó favor; no tuve dineros; vime á pique de perder los tragaderos; sentenciáronme á galeras por seis años; consentí; castigo es de mi culpa; mozo soy; dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el Cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo uno de las guardas, que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos éstos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro: un poco venia diferentemente atado que los demás, porque traia una cadena al pié tan grande, que se le liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ó pié de amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quijote, que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondióle la guarda: porque tenia aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban

(1) Casi todas las ediciones, inclusas las de la Academia, ponen *sumista* en vez de diablo.

No podemos explicarnos por qué se incurrió en la diabólica tentacion de suprimir la voz *diablo*. Nosotros restablecemos el texto primitivo, como es justo y conveniente.

seguros de él, sino que temian que se les habia de huir. ¿Qué delitos puede tener, dijo Don Quijote, si no ha merecido más pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber más, sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dijo entónces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé (1) dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con ménos tono, replicó el comisario, señor ladron de más de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó nó. ¿Pues no te llaman así embustero? dijo la guarda. Sí llaman, respondió Ginés; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear (2), y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso quitar, dijo Ginés, si quedara en doscientos ducados. ¿Tan bueno es? dijo Don Quijote. Es tan bueno, respondió Ginés, que mal año para Lazarillo de Tórmes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito, ó escribieren: lo que le sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se les igualen. ¿Y cómo se intitula el libro? preguntó Don Quijote. *La Vida de Ginés de Pasamonte*, respondió él mismo. ¿Y está acabado? preguntó Don Quijote. ¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dijo Don Quijote. Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el cor-

---

(1) Vuestra merced.

(2) *Que desear*, lo añadieron ediciones posteriores á la primitiva. Pase como aditamento y adorno, pero conste que es innecesario.

bacho (1), respondió Ginés, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que seria menester; aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dijo Don Quijote. Y desdichado, respondió Ginés, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dijo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco; que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su Majestad manda: si nó por vida de.... Basta! que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor y caminemos, que ya es mucho regodeo éste. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algun tanto suelta la lengua; y volviéndose á todos los de la cadena, dijo: de todo cuanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros de éste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y áun forzando, que muestre con vosotros el efecto para que el Cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien, no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturuleza hizo libres: cuanto

(1) El vergajo con que se vapulaba ó azotaba á los condenados á galeras.

más, señores guardas, añadió Don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el Cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno; y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería! respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del Rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo: váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato. Vos sois el gato y el rato (1) y el bellaco (2), respondió Don Quijote, y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quijote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno, y señalando al otro, sin dispararla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho de este suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la santa Hermandad, la cual á campana herida saldria á bus-

(1) Raton.
(2) Parece superfluo decir que *bellaco* significa *ruin*, *bajo*, *miserable*.

car los delincuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó, que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dijo Don Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga; y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más á Dios ofende es la ingratitud. Dígolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habeis recibido, en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero el de la Triste Figura, se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad; y, hecho esto, os podreis ir donde quisiéredes á la buena ventura. Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dijo: lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo (1) de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de Ave Marias y Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced; y ésta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aún no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues, voto á tal, dijo Don Quijote (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Parapilla, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena á cuestas! Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido como el de querer darles libertad), viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañe-

(1) Tributo.

ros, y apartándose aparte comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela; y el pobre de Rocinante no hacia más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien Don Quijote, que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apénas hubo caido cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedazos; quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querian quitar, si las grebas (1) no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gaban, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote : el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos; Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada; Sancho, en pelota, temeroso de la santa Hermandad; Don Quijote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

COMENTARIO.

Siguiendo Cervántes en su noble tarea de anatematizar todos los defectos sociales por medio de ingeniosas alegorías, representa una en este capítulo que cautiva al corazon y sirve de persuasiva enseñanza á la inteligencia. Finge que el protagonista de su libro

(1) *Greba* era pieza de la armadura antigua, segun dice el Diccionario, que cubria la pierna desde la rodilla hasta la garganta del pié.

se encuentra con una cadena de presidiarios: el noble corazon del hidalgo se compadece de la mísera suerte de los condenados: procura libertarlos: lo consigue, aunque á costa de su buen nombre y de su cualidad de persona honrada; pero bien presto nota Don Quijote la imprudencia que acaba de cometer en dar libertad á los malvados, á los ladrones, á los miserables, á los viciosos y á los desagradecidos, y condena él mismo su ántes generoso proceder con estas frases tan sabidas como oportunas: «El hacer bien á villanos es echar agua en el mar.»

Verdad es ésta patentemente comprobada, y en relacion directa con lo que el gran novelista trata de demostrar en su obra.

Los hombres nobles y justos sufren por lo general el castigo de su bondad, de su magnanimidad, liberalidad y condescendencia. Por el mundo padecen, y el mundo les condena: por la sociedad trabajan, y la sociedad les mata: por el bien de todos se sacrifican, y todos les escarnecen y vilipendian.

¿Qué accion más digna que la de tender una mano al que se ahoga en el mar inmenso de las miserias de la vida? ¿qué accion más meritoria que anhelar, procurar y hasta realizar la libertad de los opresos? ¿qué acto más eminente que el de proporcionar ventura á los que están aherrojados y entre peligros? Y sin embargo, los que tal proyectan y se proponen quedan siempre en ridículo, áun delante mismo de sus recomendados y redimidos! Tal pasó á Don Quijote con los galeotes.

¿Qué les importaba á éstos todo en el mundo con tal de que la libertad les hubiese sido concedida, áun por un capricho de la suerte, por una sorpresa de la buena fe? ¿Era para ellos alguien Don Quijote? ¿Era más que un pobre hombre como todo el que hace el bien á los miserables y á los desagradecidos?

¿No se vé aquí la alegoría? Cervántes, certero en todo, nos presenta á Don Quijote como al desagraviador del ofendido, al vengador del injuriado, y al noble de corazon libertando siempre y á todo trance al pobre de inteligencia y de espíritu. Pero al presentarnos tambien á Don Quijote libertando á los galeotes nos enseña (además de que los hombres generosos siempre salen crucificados cuando tratan de favorecer á sus semejantes, lo cual es honroso), que muchas veces se equivocan, y que á las personas á quienes otorgan su proteccion ni son dignas de sus desvelos ni merecedores del sacrificio de su reposo, de su tranquilidad y áun de su vida.

Mapa del Campo de Montiel en 1575.

